

SIMON EL LADRON.

Drama en cuatro actos, arreglado del original francés, por Don Vicente de Lalama, *para representarse en el teatro de Novedades, el año de* 1866.

PERSONAJES.

—

Simon, *rentero.*	Un aldeano.
El Conde de Breval.	Un criado.
Luciano.	Magdalena, *mujer de Simon.*
Lubersac.	Enriqueta, *hija del Conde.*
Diógenes, *posadero.*	Virginia, *posadera.*
Pedro Leblanc, *barbero.*	Genoveva, *pescadora.*
Guillermo.	

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el patio de una granja, en la baja Normandia; á la derecha la entrada de la casa: a la izquierda, un vallado cerrado; instrumentos de agricultura; al fondo un camino, y del lado opuesto, la verja y las tapias de un parque.

ESCENA PRIMERA.

Magdalena.

Mag. (*sale de la casa, va al fondo, y mira con agitacion.*) Nada, nadie aun! (*vuelve á bajar tristemente.*) Señor, es posible? Simon, dejarme en una inquietud como esta! Y el Señor conde, que ha preguntado ya dos veces por él, y que le espera en el parque!.. Si llega á cansarse de aguardarle, y viniese aquí... Qué le diré? Cómo confesarle, que mi marido falta de la quinta desde ayer tarde? (*enjugándose una lágrima.*) Un muchacho tan honrado, tan trabajador, faltar asi á sus obligaciones? Pasar dias enteros en la taberna!.. Dios mio! Jamás lo hubiese creido.

ESCENA II.

Dicha, Pedro.

Pedro. (*trae en las manos una vacia de afeitar y una jabonera.*) Servidor, señora Magdalena!..

Mag. (*estremeciéndose.*) Hem? (*con distraccion.*) Eres tú, Pedro?

Pedro. Si, Pedro el mal nombrado, como dicen en el pais, bajo el pretesto de que deberia llamarme el rubio en razon al color de mis cabellos. Otros dicen deberia llamárseme el rojo, en atencion á mi linda cabellera. (*se descubre y muestra sus cabellos, que son muy largos, rojos y feos.*) No digo bien, señora Magdalena?..

Mag. Qué dices, hijo mio?

Pedro. Decia... (*viéndola mirar al fondo.*) Buscais algo?

Mag. Crei que venia Simon... No lo has encontrado?

Pedro. (*sorprendido.*) Simon! No está en casa, hoy que le toca afeitarse? Entonces, me marcho, que estoy deprisa; tengo una porcion de barbas, que me aguardan en el gran Canario, en la taberna de la viudita Frichú. (*contando por los dedos*) Diez y siete y quizás mas!

Mag. Qué dices? (*siempre distraida, mirando al fondo.*)

Pedro. No sabeis que ha llegado un sargento, que viene reclutando á cuantos quieran cubrirse de gloria y de luises de oro, en América, con el señor marqués de Lafayette... Y el militar se dá tan buenas trazas para reclutar gente, que cuando salí del gran Canario, tenia para hoy diez y siete reclutas que afeitar y empolvar. Pues no queria reclutarnos á Simon y á mí?

Mag. Simon!.. Estaba en la fonda?

Pedro. Si señora. No parece sino que el sargento habia citado á todos los buenos mozos del lugar! (*irguiéndose.*)

Mag. (*con impaciencia.*) Y que hacia allí Simon?

Pedro. Reirse de las ocurrencias del sargento, y brindar á su salud, á la del rey, y á la de la viudita Frichú.

Mag. (*incomodada.*) A la salud de esa mujer!

Pedro. A la vuestra, señora Magdalena!

Mag. Ah!

Pedro. No se olvidaba de nadie; ni tampoco del señor

de Lubersac, que era quien pagaba la fiesta.

Mag. (*admirada.*) El señor de Lubersac?

Pedro. El mismo... El pariente del señor conde... en el que pone su confianza, y maneja sus intereses.

Mag. Estás seguro de que el señor Lubersac?..

Pedro. Es tan cierto, como os veo á vos; echó mano á su bolsillo, sacó seis escudos de á seis libras, y le dijo á la señora Frichú: Tomad, hermosa viudita, dad de beber á estos amigos; lo mejor que tengais en vuestra bodega, porque beben á mi salud, y á la vuestra.

Mag. (*reflexionando.*) Es singular!..

Pedro. Qué decís?

Mag. Nada... Qué hora sería entonces?

Pedro. Las siete y media.

Mag. (Y á las ocho el señor Lubersac, estaba aquí, buscando á Simon!.. Fingia ignorar donde se encontraba mi marido, y bajo pretesto de esperarlo, permanecia á mi lado toda la noche!)

Pedro. Qué decis?

Mag. Nada.

Pedro. Ved el por qué Simon brindaba á la salud de todos sus conocidos.

Mag. (*con despecho.*) Pasar la noche de esa manera!.. Oh! es menester que esto termine... Voy... (*deteniéndose.*) No, el señor conde puede venir, y alejarme en este momento... (*á Pedro.*) Pedro, quieres hacerme un favor?

Pedro. Mandad, soy vuestro de los pies á la cabeza.

Mag. (*vivamente.*) Vas en busca de Simon, y le dices que le ruego venga en seguida.

Pedro. Al momento...

Mag. Y si por casualidad dudase... Si rehusa, me prometes hacer cuanto esté de tu parte para decidirle?

Pedro. Es que Simon... Como es tan brusco... Se necesitaba otro mas á propósito que yo... Porque si se le pone en la cabeza no venir...

Mag. Le dices que el señor conde le espera; que quiere hablarle... Vé, hijo mio. (*vase Pedro.*)

ESCENA III.

Magdalena, *sola.*

Mag. Esto es indigno! Hé aquí por qué el señor Lubersac demostraba á Simon tanto cariño! Por qué tan á menudo le alejaba de la quinta, enviándole á la fonda, donde debia encontrar otros arrendadores, y acordar con ellos las bases del nuevo arriendo! El señor Lubersac contaba con la docilidad de Simon, y que al cabo haria lo que los demás!.. Sus ofertas de anoche; aquella compasion que me mostraba... Si, eso es; ha creido que estraviando á mi marido, alejándole de mi lado, introduciria la discordia en el matrimonio, y llegaria mas fácilmente á hacerme olvidar mis deberes de mujer honrada!.. Dios mio! Qué hacer? Nosotros dependemos de este hombre, y ahora que conozco sus proyectos, no puedo recibirle á solas en adelante... Si le muestro mala cara, si se queja á Simon... y este me pregunta el motivo... Qué le responderé? Si me fuese dable retenerle en casa como otras veces! Veremos; le rogaré, le suplicaré... y si no me ama ya... (*enterneciéndose*) á mí, á su mujer! A la madre de su hijo!.. Oh! eso no puede ser... (*prestando oido, con gozo.*) No me engaño; es Simon sin duda!.. (*corre hácia el fondo y retrocede viendo entrar á Lubersac.*) El señor Lubersac!

ESCENA IV.

Magdalena, Lubersac.

Lub. (*alegremente.*) Os causo miedo, hermosa Magdalena?

Mag. De ningun modo.

Lub. He entrado un poco bruscamente, es verdad... pero me dispensareis, en atencion al motivo... Vengo á preveniros, que mi primo, el conde de Breval, empieza á encolerizarse contra Simon.

Mag. Va á venir, lo estoy esperando.

Lub. (*con intencion.*) Estais segura, Magdalena?

Mag. (*embarazada.*) Señor...

Lub. Perdonad... sois tan buena, tan indulgente para con él, que muy bien pudiéseis ocultarme la verdad... Y si, como me han dicho, vuestro marido permanece todavía...

Mag. (*mirándole.*) Dónde le habeis enviado ayer?

Lub. (*un poco inquieto.*) Cómo, qué quereis decir?... Sabeis que no es poca fortuna para vos, el que yo me interese tanto por él? Hace algun tiempo que Simon se distrae, no acude al trabajo, y esto es tanto mas punible, en los momentos de renovarse la escritura de arrendamiento... Esto pudiera acarrearle un mal, á no ser por mí, por mí, que soy vuestro amigo! (*quiere tomarle la mano.*)

Mag. (*alejándose un poco.*) En ese caso, si tanto os interesais por nosotros...

Lub. (*con apresuramiento.*) Cómo! Haríais la injuria de dudar de mi veracidad, interesante Magdalena!.. Cuando hago cuanto está de mi parte, por ocultar sus faltas á mi primo?

Mag. Podríais darme otra prueba mayor; y si lo hiciéseis, lo olvidaria todo, y os lo agradeceria de lo mas profundo de mi corazon.

Lub. Santo Dios! Hablad sin tardanza, hermosa mia, qué prueba quereis? Es preciso añadir algunos trozos de tierra?..

Mag. Nada de eso. (*con efusion.*) Dejad á Simon que vuelva al seno de su familia... Cesad de separarle de su trabajo; no le aconsejeis que vaya con sus compañeros.

Lub. Magdalena, os he oido bien! Es á mí á quien culpais? Yo aconsejar al honrado Simon que vaya... Quién ha podido deciros?..

Mag. No sois vos quien ayer lo detuvo, cuando salia á trabajar?

Lub. Fué para advertirle lo que debia insertar en la nueva escritura.

Mag. No señor, fué para mandarle á la taberna, donde le digísteis que estaban sus compañeros, y donde gracias á vuestra generosidad, ha pasado la noche.

Lub. Toda la noche! Luego Simon... (Si yo lo hubiese sabido!..) (*á Magdalena con gravedad.*) Esto es muy sério, amiga mia, y ahora veo cuál es la causa de vuestro mal humor... Simon no ha venido en toda la noche? (*con malicia.*) Ahora adivino qué ha podido retenerle lejos de vos, y si no temiese acrecentar vuestra justa afliccion...

Mag. Qué quereis decir? Dios mio! Vos me me ocultais alguna cosa! Hablad, tengo valor para escucharos, y si en efecto, me he equivocado, os pido perdon por mis injustas sospechas... Pero hablad, decidme, qué sabeis?

Lub. (*con aire de misterio.*) Decis que soy yo quien separa á vuestro marido de su deber?.. Quien le aleja de su casa, de su mujer?..Pues yo os afirmo que es otra persona.

Mag. Quién, señor, quién es?
Lub. Preguntadlo á la linda tabernera.
Mag. (*gritando con celos.*) Francisca Frichú?..
Lub. Á Dios, Magdalena.
Mag. (*deteniéndole.*) No, quedad... Por favor, acabad, quiero saberlo todo... (*palideciendo y vacilando.*) Ah! eso seria una infamia!
Lub. (*sosteniéndola.*) Vamos, valor, Magdalena, valor; ciertamente que eso es indigno, y que si fuese cierto, bien merecia vuestro marido que se vengasen de él.
Mag. (*sentándose abatida.*) Dios mio! Cuán desgraciada soy.
Lub. Vamos... ser razonable, calmaos! Miserable Simon!.. Hacer llorar á unos ojos tan hermosos... Abandonar tantos atractivos... Y por quién? Por una mujer despreciable! (*la abraza por la frente.*)
Mag. (*estremeciéndose y levantándose vivamente.*) Oh! no... eso no es verdad... Mentís, caballero! Vuestra confesion es un lazo, un ardid que quereis tenderme...
Lub. Magdalena!
Mag. Pues bien, probadmelo al instante; y si me dais una prueba, una sola, de la traicion de Simon...
Lub. Y bien?
Mag. Pero no, eso es imposible! Salid, idos de aquí antes que verme espuesta á vuestras asechanzas, caigan sobre mí todas las desgracias... Salid!
Lub. Sea! Esta será la segunda vez que habeis desconocido mi afecto hácia vos.
Mag. (*que miraba al fondo.*) Salid, si no quereis que el mismo Simon os arroje de su casa, porque se aproxima... Vedle ahí.

ESCENA V.

Los mismos, Pedro, *despues* Simon.

Pedro. (*llega sin aliento.*) Uf!... bien sabia yo que me dábais una comision dura de cumplir! Mejor quisiera tener que enjavonar á un herizo... ó afeitar á un puerco espin!
Mag. Ha rehusado seguirte?
Pedro. Al principio; y como yo me obstinaba en hacerle venir, se levanta, y me aplica una porcion de punteras, aquí, salvo la parte, que me hizo andar unos cuantos pasos; y á no ser por las mesas que me detuvieron, yo no sé donde iba á parar.
Lub. Eso se llama tener suerte!... Peluquero, tu naciste peinado! Já, já, já!
Pedro. Os reis?.. Pues quisiera veros en mi lugar.
Lub. Hem! tunante!..
Mag. Dices que Simon rehusa venir?
Pedro. No señora, ya viene; la señora Frichú empezó á calmarle, y le dió tales razones, con su vocecita dulce, y sus ojitos tiernos, que...
Lub. (*bajo á Magdalena.*) (Lo ois? Unas cuantas palabras de la linda tabernera, han sido suficientes para decidirle á que venga.)
Mag. (*con rabia celosa.*) Callad! Callad!
Lub. (Está celosa! Esto marcha!)
Sim. (*fuera.*) Magdalena?...
Pedro. (*sobresaltado.*) Vedle ahí! No le provoqueis; cuando está de ese modo, no es el mismo Simon.
Sim. (*entrando, un poco vacilante; el color animado.*) Magdalena!.. Magdalena! (*viéndole.*) Hola! ya estoy aquí. Y bien, qué es eso? Qué se desea de mí?...
Mag. (En qué estado, Dios mio!)
Lub. Soy yo quién deseaba...
Sim. Hola! señor Lubersac!.. Servidor... (*á Magdalena.*) Y bien, por qué me miras así?.. Por qué abres los ojos de ese modo?..
Mag. Quieres saberlo?
Sim. Porque vuelvo un poco tarde, no es eso?
Mag. Efectivamente.
Sim. Toma! Los negocios son antes que las cosas de casa.
Mag. Desde cuando los negocios de los arrendatarios se terminan en las tabernas?
Sim. Desde... desde que yo hago allí los mios, caramba! Puede que se llegue á creer, que porque me gusta un traguito con los amigos, he dejado por eso de ser un hombre honrado?.. Quién se figura tal cosa?.. (*á Pedro, que ha abierto su jabonera y trata de enderezarla.*) Eres tú, mal peluquero? (*le pega sobre la cabeza; Pedro cae sobre un banco.*)
Pedro. (*furioso; tiene los ojos y la cara llena de polvo.*) Eh! no soy yo!.. (Qué le sucede ahora? Si no le hubiese visto beber tanto, creería que estaba rabioso.)
Lub. (*á Simon, á quien tranquiliza.*) Nadie ha pensado tal cosa, Simon.
Sim. (*á Magdalena.*) Pues, entonces, qué? No soy dueño de ir donde me convenga?
Mag. (*con fuerza.*) No, no lo eres!
Sim. Eh!
Mag. No eres dueño de abandonar esta alqueria, confiada á tu cuidado, para pasar la noche entre araganes y mujerzuelas!
Sim. (*con aire de reconvencion.*) Magdalena, ya sabes que no me gustan las reconvenciones!
Mag. Has de oirme, mal que te pese...
Sim. (*amenazándola.*) Ya te he dicho que calles. Mira que sino...
Mag. Con unos hombres, que al fin acabarán por perderte.
Sim. Perderme á mí?.. Mira, Magdalena, mas vale que te calles.
Mag. Cuando haya concluido!...
Sim. (*amenazándola.*) Concluye, pronto, porque sino...
Mag. Ya te guardarás de hacerlo!
Sim. Que me guardaré!.. Mil rayos!.. (*levanta la mano sobre Magdalena.*)
Mag. (*arrojando un grito.*) Ah! (Desgraciado!)
Lub. Simon, qué vais á hacer? Delante de nosotros...
Sim. Mire usted qué pronto la hice callar! Pues no faltaba mas! Si creerán que me he de dejar llevar como un... (*mostrando á Pedro.*) como ese imbécil?
Pedro. Eh! no digais brutal...
Sim. Qué dice ese animal?
Pedro. (*que ha subido al fondo.*) Silencio! El señor conde sale del parque, y se dirige háeia aquí...
Mag. Cielos!..
Sim. Qué es eso?
Mag. (*suplicando á Lubersac.*) Señor, os lo suplico; que el señor conde no le vea en este estado. Llevaósle adentro; así que pasen cinco minutos estará tranquilo!
Lub. Sea! (*va á Simon, y le toma por el brazo amigablemente.*) Venid, mi querido Simon; debeis tener necesidad de reposo.
Sim. Teneis razon, no me vendria mal... Tengo la cabeza un poco...

Pedro. Si quereis os peinaré; eso os refrescará.

Mag. Sí, Pedro, vé, acompáñalo. (*entran Simon y Lubersac.*)

Pedro. Voy á ponerle de agua como una sopa. (*entra.*)

ESCENA VI.

Lubersac, Magdalena, *despues el* Conde.

Lub. (*á Magdalena, que mira al fondo.*) Y bien, Magdalena, dudareis de mi amistad?.. Cuando por deferencia á vos, consiento en protejer á un hombre, que osa amenazaros en mi presencia?

Mag. (*con dolor.*) Señor, sabe acaso lo que se hace en este momento?

Lub. Pero otra vez os pegará, y no estaré yo aquí para defenderos.

Mag. Cuán desgraciada soy!

Lub. A pesar vuestro sabré sustraeros á sus violencias; tengo el medio en mi mano, y si quereis oirme... (*apercibiendo al Conde, que aparece al fondo; se detiene y vá hácia él.*)

Conde. Y bien, ese Simon, le habeis encontrado?

Mag. Señor conde...

Lub. Aquí teneis á su mujer.

Conde. Qué hace vuestro marido? Por qué no viene cuando le he llamado?..

Mag. Es que, señor conde, el dia de ayer ha sido tan malo! El calor, el cansancio... Simon se ha visto acometido de un malestar...

Conde. (*mirándola con desconfianza.*) Es por eso?...

Mag. Sí, señor conde: á pesar de mis consejos, lo he visto arreglar las caballerias para salir al campo... No es cierto, caballero? (*á Lubersac.*)

Lub. Sí, en efecto, me ha parecido poco despues... dispuesto á trabajar.

Conde. Decidle que quiero verle; al instante.

Mag. (*embarazada.*) Sí, voy á decírselo, señor conde.

Conde. Id al momento. (*al ver que duda.*) Será preciso que yo vaya?

Mag. (*espantada, corriendo á la puerta.*) No, señor conde, él vendrá al momento. (*entra en la casa.*)

Conde. Apresuraos!...

ESCENA VII.

El Conde, Lubersac.

Conde. (*se pasea, reflexionando.*) Creeis que esta mujer dice la verdad?

Lub. No sé... me parece...

Conde. Pues yo estoy seguro de que nos engaña... Ya os he dicho, que no quiero al frente de mis posesiones sino gente de buena conducta.

Lub. Eso es precisamente lo que estoy predicando á todos... y en especial á ese Simon.

Conde. A Simon me le recomendaron, como á un hombre trabajador y laborioso; le he confiado el cuidado de mis posesiones de Breval, encargándole del cobro y arreglo de los demás colonos. Todo, hasta aquí, ha contribuido á hacerle merecedor de mi confianza. Pero desde hace algun tiempo, he notado mucho descuido en sus tierras, lo que me acredita, que no tiene apego al trabajo. Os ha dado la cuenta general de los arrendamientos vencidos?

Lub. Los... arrendamientos?... Todavía no.

Conde. Cómo es eso?

Lub. Se escusa, conque aun no le han pagado los demas arrendadores.

Conde. En verdad que es una cosa bien estraña! Debeis averiguar inmediatamente, en quién está la detencion...La suma es de bastante consideracion.

Lub. Varias veces se lo he dicho á Simon... Ayer noche, sin andar mas lejos, lo estuve esperando hasta hora bien avanzada.

Conde. Pues dónde estaba?

Lub. Si hemos de creer á su mujer...

Conde. Ya os he dicho que no doy fé á ninguna de sus escusas. Su turbacion la vendia á pesar suyo. Lubersac, usais demasiada indulgencia con esas gentes! Si un mal año, si una desgracia inmerecida llega á herirlos, entonces deben encontrar en nosotros unos amos bienhechores... Cuando llegue el caso, mis socorros no les faltarán...Pero, os lo repito; nada de consideracion, nada de piedad para el hombre de mala conducta...Y si lo que sospecho resulta ser cierto, haré con Simon un severo escarmiento.

Lub. (*viendo abrir la puerta*) Aquí está ya.

Mag. Ya viene, señor Conde. (Felizmente, la idea de presentarse ante el amo, le ha devuelto la razon.) (*vuelve á la puerta como para dar priesa á Simon.*)

Lub. (*á Pedro, que ha salido de la habitacion, y que se aleja por el fondo.*) Pedro! (*le habla bajo.*)

ESCENA VIII.

El Conde. Lubersac, Magdalena, Simon.

Conde. (*á Simon, que acaba de entrar y le saluda.*) Ya era tiempo de que nos viésemos... En donde estabas esta mañana, cuando te hice llamar?...

Sim. Señor conde... estaba...

Mag. (*vivamente.*) Ya he dicho al Señor..

Conde. Silencio!...(*á Simon.*) Dónde estabas ayer cuando te hice llamar? (*Simon va á hablar.*) Cuidado...ya sabes que detesto la mentira. Me han dicho que estabas en la taberna...

Mag. (Gran Dios!)

Sim. Yo no niego que al pasar...

Conde. Has permanecido en ella todo el dia... Y esta noche, tal vez, allí sin duda...

Mag. Señor, le convidaron unos amigos que marchan para el ejército... (*á Lubersac.*) No es cierto, señor Lubersac?

Lub. En efecto, se encuentra en la aldea un sargento!...

Conde. Basta!.. Por qué no has entregado las cuentas generales al señor Lubersac?

Mag. (*sorprendida.*) Sus cuentas?...

Sim. (*deteniéndola bajo.*) Chit!

Mag. (*temblando.*) (Cielos!... El me ha dicho...)

Conde. (*á Simon, que cambia una seña con Lubersac.*) Y bien?...

Sim. Ya sabe el señor conde, que para pagar... es necesario que me paguen á mí. El año ha sido tan fatal...

Conde. Pues qué ha ocurrido de estraordinario?

Sim. La recoleccion ha sido tan corta... y luego, los granos se venden con tanta dificultad!... El señor Lubersac puede informar al señor conde, que hemos cogido menos que otras veces. Además, yo esperaba, puesto que termina la escritura de arriendo, que el señor conde tuviese presente esto mismo al renovarla, y nos concediese alguna rebaja.

Conde. A tí?... Seria menester para eso cerciorarme de que has hecho todos los esfuerzos que te han sido posibles, para obtener mejores recolecciones... Si yo hubiese de conceder semejante favor, seria á

quien se hubiese hecho digno de él, por su celo en pró de mis intereses!...

SIM. Yo creo, señor Conde...

CONDE. (*elevando la voz.*) Pero para los que como tú, descuidan su obligacion, y [illegible] á sus subordinados el ejemplo del desórden y de la aragancría...

SIM. (*herido vivamente.*) Yo! Yo haragan!..

CONDE. Para esos, nada.

MAG. y SIM. Señor...

CONDE. Basta. Reflexiona sobre lo que acabo de decirte, porque seria la última...

MAG. Señor, yo os aseguro...

CONDE. (*á Simon.*) En cuanto á tus cuentas, que queden hoy mismo entregadas al señor Lubersac.

SIM. Mirad...

CONDE. (*á Lubersac.*) Seguidme... (*se aleja.*)

LUB. (*á Simon, bajo.*) Pierde cuidado, yo le apaciguaré.

ESCENA IX.

MAGDALENA, SIMON.

SIM! (*con cólera y amargura.*) Qué orgulloso y qué vano! Y es por esos hombres, por quienes nos sacrificamos! A sus ojos, qué soy yo sino un esclavo? Ah! Si no fuese por mi mujer y mi hijo, no le hubiese dejado hablar tan alto!..

MAG. (*que despues de seguir al conde con la vista, vuelve á la escena mirando á Simon.*) El amo ha estado en su derecho al quejarse de tí: yo no veo en él otra cosa, que un hombre justo.

SIM. Justo! Y se niega á tan razonable peticion!... Cuando á pesar de mis razones, me exige con tanto rigor...

MAG. Las cuentas? Dice bien, y está en su derecho. Además, si tú las has recibido!.. No me digiste que ibas á pagar al señor Lubersac?

SIM. Sí.

MAG. (*vivamente.*) Qué has hecho, pues?

SIM. Hem? No vayas á sospechar...

MAG. Oh! nada que pueda afectarte. Yo sé que eres incapaz de una mala accion; pero, á veces un mal consejo...

SIM. Yo disponer de unos fondos que no me pertenecen! Lo harias tú?

MAG. Jamás!..

SIM. Pues bien, ni yo tampoco... El importe de nuestras cuentas ha sido entregado al señor Lubersac!...

MAG. (*sorprendida.*) Al Señor Lubersac!... No acabas de decir...

SIM. Me aconsejó que dijese eso, por nuestro propio interés.

MAG. Por vuestro interés?..

SIM. El Señor Lubersac se hace cargo de la razon, y no nos desprecia.

MAG. Si... si... ciertamente. .

SIM. (*bajando la voz.*) Con el fin de obtener condiciones mas ventajosas, al renovar las escrituras, nos aconsejó decir, que teníamos apuros para reunir el dinero, y que me diese quince dias de próroga, hasta despues de la firma de la nueva escritura. Aquí tienes por qué he dejado creer al señor conde, que todavia no he arreglado mis cuentas.

MAG. Y has consentido en seguir ese consejo?..

SIM. Por qué no?

MAG. Tú, tan franco, tan leal!.. Ah, no harias eso en otro tiempo!..

SIM. Tienes razon, he hecho mal! No estoy acostumbrado á mentir, y por la primera vez de mi vida, he sentido que el rubor se me subia al rostro... Deseaba estar cien piés debajo de tierra, ó decirle... Pero el señor Lubersac estaba allí, y hubiera sido una infamia darle á entender la deferencia y el interés con que nos mira.

MAG. Crees sincero ese interés.

SIM. Si lo creo!...Un hombre tan digno, que nos proteje y nos quiere tanto!..

MAG. Efectivamente, mas de lo que tú quisieras aceptar de él...

SIM. Cómo es eso?

MAG. Basta... yo me entiendo... Pero ayer, mientras que tú te divertias en la taberna, sabes donde estaba el señor Lubersac?

SIM. Dónde estaba?.. Aguarda; nos dejó para ir á la quinta de Gerónimo.

MAG. Es singular!..

SIM. Por qué?..

MAG. Porque vino á preguntar por tí...

SIM. A preguntar por mí?... Si sabia dónde yo estaba!...

MAG. Decia que tenia que hablarte...

SIM. Entonces, por qué no me habló en la fonda?

MAG. Lo ignoro; por cierto que pasó aquí la mayor parte de la noche...

SIM. La mayor parte? Para qué?

MAG. Quién sabe? Tendria sus motivos!..

SIM. Sus motivos?..

MAG. Seria tal vez para probarme, que no es de tu opinion; y que si la compañía de esa coqueta de Francisca te agrada...

SIM. Deja necedades!..

MAG. Cada uno tiene su gusto... El señor Lubersac encuentra mi conversacion muy agradable!..

SIM. Magdalena!

MAG. Y dice que merezco otra cosa mas que un marido que abandona á su mujer, dejándola sola en casa, para irse á la taberna, donde pierde su razon... y de donde vuelve para tratarme con aspereza.

SIM. Yo!..

MAG. Para amenazarme!..

SIM. Yo!...

MAG. Sí, tú, Simon... Hoy, despues de seis años que nos hemos casado... Me has levantado la mano por primera vez...

SIM. Eso no es verdad!.. Yo levantar la mano sobre mi mujer! Sobre la madre de mi hijo!.. Calla, calla, Magdalena!.. Eso lo dices por asustarme... para hacerme ver el peligro...

MAG. Lo has hecho, Simon, aquí mismo, y en presencia del señor Lubersac y de Pedro Leblanc!

SIM. Seria posible!.. Pues entonces, soy un miserable! El mas despreciable de los hombres! Yo amenazar á una mujer, y esta mujer era la mia!... Dices bien, habia perdido la razon!.. Tú lo crees así; no es verdad, Magdalena? Bien sabes que te amo... Que á nadie amo mas que á tí en el mundo... A ti, y á nuestro hijo?.. El que diga lo contrario, ha mentido!.. Yo, que daria mi vida por ahorrarte un disgusto!

MAG. Si, Simon, lo sé, y te creo! (*le tiende la mano.*)

SIM. Haces bien en creerlo, te lo juro... (*con un rapto de cólera.*) Como juro romper los huesos á ese bellaco de Lubersac!..

MAG. Simon, ni una palabra de lo que acabo de decirte... Estás decidido á no volver mas... allá bajo?..

SIM. Te doy mi palabra, Magdalena.

MAG. Entonces, qué podemos temer?

SIM. (*que reflexionaba.*) Ahora recuerdo ciertas circunstancias que no me habian chocado antes... Ese afan para que me alistase en el ejército... y sus cuchicheos con el sargento... El me cree fuera de casa... Si, mírale, allí viene!... Mil rayos!..

MAG. Vírgen Santísima!.. Simon, nada de violencia!

SIM. Descuida! (*serenándose.*)

MAG. Me lo prometes?..

SIM. Ya ves... estoy sosegado... (*señalando á la izquierda.*) Déjanos...

MAG. No, quiero quedarme...

SIM. Despues de lo que ha pasado?.. No quiero que ese miserable te dirija una mirada, porque entonces, no respondo de mí... Déjanos, te digo!

MAG. Te suplico que te contengas!..

SIM. Te lo prometo... Abrázame, para probarme que no me quieres mal...

MAG. (*saltándole al cuello.*) Oh! no! desde el instante en que sé que no has dejado de amarme...

SIM. (*apretándole la mano.*) Vete, vete, mujer!... (*Magdalena se aleja.*)

ESCENA X.

SIMON, LUBERSAC.

LUB. (*apercibiendo á Simon.*) (Simon!.. Diablo!)

SIM. Entrad, señor Lubersac!.. Queriais hablarme?...

LUB. En efecto... venia...

SIM. Qué coincidencia! Yo tambien tenia que deciros...

LUB. (Qué aire tan singular!.. Tendria su mujer la indiscrecion de contarle... Estos aldeanos tienen tan poco trato!)

SIM. (*bruscamente, viéndole mirar acá y allá.*) Qué buscais?.. A Magdalena? No está en la granja.

LUB. (*que se ha estremecido.*) No... (Este tunante tiene una mirada, que hace erizar el cabello!) (*alto.*) He pensado, mi buen Simon... (*movimiento de Simon.*) que las últimas palabras del conde, han podido inquietaros...

SIM. A mí? Por qué? Quiere la cuenta del año, y hoy mismo la tendrá.

LUB. Cómo?

SIM. Si; por cierto que vais á darme los recibos!

LUB. Renunciais...

SIM. A seguir por mas tiempo vuestro consejo?.. Sí; estos enjuagues no me acomodan; nosotros, la gente del campo, no tenemos la suficiente desfachatez para sostener una mentira, y al momento se nos conoce. Ya lo habeis visto; el señor conde sospecha de mí, y quiero probarle que ha pensado mal; para eso necesito mis recibos...

LUB. (*reflexionando.*) (Qué diantre! Hé aquí una buena ocasion para desembarazarme de él; en cuanto á su tonta mitad...)

SIM. Conque vais á dármelos, no es cierto?

LUB. Antes tengo que examinar las cuentas... (y volver á ganar los tres mil escudos que he perdido en el juego.)

SIM. (*mirándole con sospecha.*) Mis cuentas!.. No las habeis examinado ya!

LUB. No importa, tengo que repasarlas; mañana ó pasado te traeré...

SIM. (*con cólera.*) Mientras que yo esté fuera... no es eso?

LUB. Qué quieres decir?..

SIM. Quiero decir... (*conteniéndose.*) que os aconsejo nos honreis menos con vuestras nobles visitas...

LUB. (Magdalena ha hablado!... Peste sobre la tonta!..) (*alto.*) Tendré que advertiros con quién estais hablando? Ese lenguaje... vuestras ideas, turbadas por una noche pasada en la taberna...

SIM. Señor!..

LUB. (*con dulzura.*) Haceis mal, amigo, vuestra pasion por el vino puede acarrearos muchas desgracias.

SIM. No se trata de eso; (*elevando la voz.*) hace cinco dias, os he pagado tres mil seiscientos escudos, por los arrendamientos vencidos; dadme un recibo de ello... ahora mismo... en este instante...

LUB. Vive Dios, mi buen Simon, que habeis creido apurarme la paciencia?... Decididamente los vapores del vino, os han trastornado el cerebro.

SIM. Trataríais de negar que os he pagado todas las cuentas?

LUB. Basta... Sin duda habeis soñado...

SIM. (*lanzándose hácia él y deteniéndole.*) Mis recibos, ó no sales de aquí.

LUB. Simon, nada de violencias!

SIM. (*asiéndole por el cuello y sacudiéndole.*) Te mato, miserable!..

LUB. (*gritando.*) Favor!.. Socorro!

ESCENA XI.

Los mismos, el CONDE.

CONDE. (*entrando.*) Miserable!.. Qué haces?

SIM. Señor conde!.. (*suelta á Lubersac.*)

LUB. (Si no viene el conde, me estrangula!..)

CONDE. Qué significa esta violencia?..

LUB. (*vivamente.*) Quiere obligarme á que le dé un recibo de los arrendamientos que no me ha pagado.

SIM. Os lo he pagado, caballero.

LUB. Y como yo me negaba á sus amenazas, el desgraciado ha tenido la osadía de poner su mano...

CONDE. (*á Simon que quiere hablar.*) Basta... saldrás hoy mismo de la quinta.

SIM. Está bien;—pero no será sin que se me haga justicia; sin que se me entregue un recibo de los tres mil seiscientos escudos, pagados por mí al señor, hace cinco dias.

CONDE. Hace cinco dias?..

SIM. Si, señor conde!

CONDE. Pues esta mañana, no declaraste lo contrario?..

SIM. (*señalando á Lubersac.*) El señor es quien me lo ha aconsejado.

LUB. (*fingiendo indignacion.*) Cómo? Tanta imprudencia!..

CONDE. (*haciéndole señal de calmarse.*) Dejad... (*á Simon.*) Tú me aseguraste, no haber recibido nada de los arrendadores.

SIM. Mentia.

CONDE. (*severamente.*) Lo sé; acabo de saber, que todos te han pagado...

LUB. Será posible!... Así, pues, embustero... y...

SIM. Y ladron, no es eso? Yo soy un miserable, y vos un hombre honrado?

CONDE. Basta... Si no me moviesen á piedad tu mujer y tu hijo, te entregaria á la justicia...

SIM. Pero, señor conde... por lo que hay de mas sagrado... por lo que amo mas en el mundo... os juro...

CONDE. Vas á mentir de nuevo? Cállate!
SIM. (*con rabia.*) Y no poder probar...
CRIADO. Monseñor?..
CONDE. Qué quieres?
CRIADO. La señora condesa llega en este momento al castillo con la señorita.
CONDE. Tan pronto! No las esperaba hasta esta noche; venid, Lubersac... (*se vuelve hácia Simon.*) Y tú, administrador infiel... solo te doy una hora para hacer entrega de los fondos que obran en tu poder; sino daré parte á la justicia.
SIM. Señor conde!.. (*el conde se aleja con Lubersac.*)

ESCENA XII.

SIMON, MAGDALENA.

MAG. (*que ha entrado al pronunciar el conde las últimas palabras.*) Cielos!.. (*corriendo á Simon.*) La justicia, Simon! Es á tí á quien hablaba el amo?.. Es á tí á quien amenazaba con entregarte á la justicia?..
SIM. (*con amargura.*) Sí, á mí es; porque dicen que me quedo con el valor de los arriendos pagados.
MAG. Eso no es verdad!..
SIM. (*dejándose llevar por la ira.*) Pero él lo cree así; y ese bellaco de Lubersac me niega los recibos.
MAG. Seria posible!..
SIM. Asi es, que para él soy un miserable, un ladron!.. (*movimiento de Magdalena.*) Sí, un ladron, á quien arroja de su casa, y que debe darle gracias por no haberme hecho encerrar en un calabozo.
MAG. (*llorando.*) Dios mio! qué vá á ser de nosotros?..
SIM. Iré á Saint Valery, á casa de tu respetable padrino, el que se ha encargado de criar y educar á nuestro Luciano, y no nos rehusará sus sabios consejos...

ESCENA XIII.

Los mismos, PEDRO.

PEDRO. (*apareciendo al fondo, con misterio.*) Psf! psf!
SIM. Quién? Ah! es Pedro.
PEDRO. Chi... it!... no tan alto, que me vais á comprometer. Si el señor conde supiese que vengo á advertiros...
SIM. Qué hay?
PEDRO. (*asustado.*) Chi... it... it... Yo volvia á lo largo del bosque, contando mis parroquianos...
SIM. Acaba!
PEDRO. Entonces, ví al señor Lubersac... Qué le habeis hecho, para que esté tan encolerizado contra vos?...
MAG. Qué decia?
PEDRO. Hablaba de Simon... Nada de indulgencia, decia, nada de compasion para semejante la...
SIM. Eh!
PEDRO. No, no me atrevo á repetir...
SIM. Acaba, pues!
PEDRO. Vais á pegarme?
SIM. No!
PEDRO. Para semejante la...dron! (*Simon hace un movimiento de cólera, Pedro cierra los ojos y baja la cabeza.*) Ay!
SIM. Qué mas?
PEDRO. (*tranquilizado, levantándose.*) Creedme... es necesario hacer un ejemplar. Avisemos á la justicia, y hagamos prender á Simon.
MAG. Prenderte!
SIM. Acaba...
PEDRO. No pude oir mas, y he corrido en busca vuestra. He saltado la muralla; he saltado el foso; he saltado...
SIM. Gracias, Pedro. (*á Magdalena.*) Ya lo ves, ese hombre ha jurado mi perdicion... Quiere deshonrarme... Separarnos!.. Preso yo, cree conseguirá con mas seguridad sus designios... Vendrá á ofrecerte su apoyo... á prometerte mi libertad... Sabes á qué precio?...
PEDRO. (*curiosamente.*) A qué precio?
SIM. Eso no te importa. (*á Magdalena.*) Vé á reunir cuanto tengas de mas valor, y parte.
MAG. Sola?
SIM. Sí, irás á Saint-Valery.
MAG. Sin tí? Oh! no te dejo; suceda lo que suceda, no quiero que nos separen; si te prenden y meten en un calabozo, allí te seguiré!
SIM. Piensas en lo que dices?
MAG. Soy tu mujer... Mi puesto es á tu lado. (*se tira á su cuello llorando.*)
PEDRO. (*enternecido y lacrimoso.*) Bien por la señora Magdalena!.. Sois una mujer!.. Una verdadera mujer!.. (*busca su pañuelo en sus bolsillos, saca de ellos su bola de jabon, y se enjuga los ojos con ella maquinalmente.*) Vamos, ahora me lleno los ojos de jabon! (*guiña los ojos cómicamente.*)
SIM. (*á Magdalena.*) Corriente; partiremos juntos; vé á prepararlo todo... Pedro te ayudará.
PEDRO. Con mil amores! (*guiñando los ojos.*) Caramba!.. Cómo pica!
MAG. (*á Simon.*) Pero tú?..
SIM. El Señor Conde me ha concedido una hora para pagar... Puedo por lo tanto presentarme á él; quién sabe, puede que consiga persuadirle...
MAG. Lo crees, Simon? (*con duda.*)
SIM. Estoy seguro... Pero no dejes por eso de preparar la tartana, y estar dispuesta á partir... Yo te seguiré.
MAG. Ve... y Dios quiera que el señor conde te escuche y te crea! (*Simon dá algunos pasos hácia el fondo, como para alejarse; pero viendo que Magdalena se ha sentado sobre el banco, donde llora, y que Pedro se ha aproximado á ella para calmarla vuelve atrás y entra en la granja.*) Dios mio, qué hemos hecho, para que caiga sobre nosotros una desgracia semejante?... (*Simon sale de la granja con una escopeta en la mano.*) Simon, la providad misma... acusado, amenazado de sepultarle en una cárcel!...
SIM. (La cárcel!... Todavía no!) (*monta su escopeta y sale precipitadamente.*)

ESCENA XIV.

MAGDALENA, PEDRO.

PEDRO. Vamos, señora Magdalena, no os aflijais de ese modo. (*frotándose los ojos.*) (Cáscaras! Cómo me escuece! Cualquiera diria que tengo cebolla en ellos!) (*se oye una detonacion.*)
MAG. Qué es eso?
PEDRO. (*mira al fondo.*) Dios mio!... Es él...
MAG. Quién?...
PEDRO. Simon... Viene corriendo hácia aquí, con una escopeta!...
MAG. Cielos!...

ESCENA XV.

Los mismos, Simon.

Mag. (*precipitándose ante el.*) Simon!... Qué has hecho?...
Sim. Ese infame de Lubersac, no tendrá la satisfaccion de verme conducir á la cárcel.
Mag. Qué quieres decir?...
Sim. El me ha perdido, deshonrado, y yo acabo de introducirle una bala en la cabeza.
Mag. Vírgen Santa!... Estamos perdidos!...
Sim. Magdalena, ven... partamos...

ESCENA XVI.

Los mismos, *el* Conde, *Aldeanos*, *despues* Lubersac.

Conde. (*á los Aldeanos.*) Apoderaos de ese hombre.
Mag. Perdidos!..
Lub. (*que acaba de entrar.*) Y sujetadle bien!
Sim. (*aterrado.*) Lubersac!..
Lub. Sí, apuntabas á la cabeza, pero diste mas alto.
Sim. No he podido desembarazar al pais de un miserable!...
Lub. (*á los gendarmes que entran, mostrándoles á Simon.*) Apoderaos de ese hombre, y tened mucha vigilancia con él.
Conde. Que se le lleve á casa del bailío!
Mag. (*cayendo á los pies del conde.*) Señor, compasion!..
Conde. Levantaos!.. Nada puedo hacer... He podido contentarme con despedir al servidor infiel... pero no está en mi mano salvar al asesino!..
Sim. A Dios, Magdalena! Si no nos vemos mas, dí á nuestro hijo, que le lego dos deberes que cumplir; el primero, rehabilitarme... y despues, (*mostrando á Lubersac.*) vengarme!... (*Magdalena se arroja en sus brazos.*) A Dios!.. Pedro, no la abandones... (*á los gendarmes.*) Marchemos! (*Magdalena cae desfallecida en los brazos de Pedro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

El teatro representa una sala, de una posada de aldea, puerta al fondo; á la izquierda, en primer término, una puerta; en segundo término, una ventana, y debajo la bodega de Diógenes; á la derecha, en segundo término, la cocina; en primer término una puerta que conduce al jardin.

ESCENA PRIMERA.

Luciano, Virginia, *Aldeanos*, *despues* Pedro.

(Al levantarse el telon, Luciano está sentado á una mesa á la derecha, y almuerza. Los aldeanos estan sentados á la izquierda, en otra, y esperan que se les sirva. Han dejado aquí y allí sus instrumentos de labor.

Ald. (*pegando sobre la mesa con la mano.*) Viene ó no ese frasco de sidra?
Vir. En seguida!
Pedro. (*fuera.*) Ciudadano Diógenes! Ciudadano Diógenes! (*entra. Tiene los cabellos cortados al rape, y el color de un mulato.*) Dónde está el ciudadano Diógenes?
Vir. Para qué buscas á mi padre, barbero?
Pedro. Si yo tuviese necesidad del posadero, le reclamaria por su nombre de padre Pigochet; pero ya que le llamo por el de ciudadano Diógenes...
Vir. Le buscas como municipal? (*yendo á llamar á la entrada de la bodega.*) Padre!.. Padre Diógenes... subid apriesa!

ESCENA II.

Los mismos, Diógenes.

Dióg. (*teniendo un jarro en la mano.*) Qué se me quiere?
Pedro. (*á Diógenes.*) Sabes lo que pasa?
Dióg. Vaya una pregunta para un municipal! La justicia está en todas partes, y lo sabe todo.
Pedro. Ya te dije ayer, que iria esta mañana á Saint-Valery...
Dióg. Y bien!..
Pedro. Fuí á curar una yegua, porque tambien entiendo de veterinario; te advierto, que aun me estás debiendo el último diente que te saqué.
Dióg. Anda, charlatan... acaba...
Pedro. No me han querido dejar pasar, porque hay órden de exigir á todos los ciudadanos, sin distincion de personas, una cédula de seguridad personal; y por poco me quedo allí, sin poderme venir. Cuando considero que tú eres la causa de todo!
Dióg. Yo?
Pedro. Ciertamente... De algun tiempo á acá, se han descolgado por estos alrededores, una porcion de ex-nobles, que buscan la ocasion de embarcarse para la Inglaterra, en el pequeño puerto de Saint-Loó... á algunas millas de aquí.
Dióg. Y bien, eso es culpa mia?
Pedro. Ya sabe la república que tú no lo haces por malicia, al contrario.
Dióg. Eh!
Pedro. Pero no por eso dejan de circular ante tus narices, y de tus barbas! (*aproximándose á él y examinándole.*) Cáscaras! Qué barba! Voy á afeitarte.
Dióg. (*rechazándole.*) Pretenderias acaso, achacarme que protejo á los aristócratas, yo que los detesto mas que nadie?
Pedro. Mas que yo, no.
Dióg. Si tal.
Pedro. Vamos á ver!... Has sido tú su víctima?... Te has visto obligado á tener que huir á las Américas, como mi amigo Simon y yo?
Dióg. Simon!
Pedro. Sí, Simon, el arrendador de las tierras de Breval. A quien su amo hizo meter en un calabozo; de donde se fugó, gracias á mi auxilio, y á la piqueta que hice llegar á sus manos, de donde nos fugamos para América, y donde me han sucedido aventuras... capaces de enderezar la barba. (*aproximándosele.*) Conque quieres que te afeite?
Dióg. (*rechazándole.*) Me dejarás tranquilo?
Pedro. Y si mis parroquianos, al saber mi regreso, no hubiesen reclamado mis servicios, hubiera seguido á mi amigo Simon, al ejército del Rhin, donde hace picadillo, y albondiguillas de nobles... (*Los aldeanos se levantan y pagan su gasto á Virginia.*)
Vir. Y por qué no vais al ejército?

ESCENA III.

Los mismos, menos los aldeanos.

Pedro. Porque sirvo mejor aquí los intereses de la República. Espio á los nobles, y al primero que se

presente por estos contornos, le señalo al agente del comité de salvacion pública, que hace poco ha venido al pueblo.

Luc. (Qué dice?) (*escucha con atencion.*)

Dióg. Un agente del comité?

Pedro. No sabias?...

Dióg. No te he dicho que lo sé? Lo sabia antes que tú... Conque dices que llega un...

Pedro. Un hombre terrible!.. Con él, no se está uno mucho tiempo quieto; tan pronto cogido, tan pronto... y si llega á saber que descuidas tú obligacion... (*hace una salida falsa.*)

Dióg. Eso es falso; pronto les probaré que se equivocan... Y para comenzar... (*bruscamente.*) A ver, enseña tus papeles.

Pedro. Los mios!

Dióg. Te pregunto por tus papeles... tú debes tener papeles. Dónde están tus papeles... hazme ver tus papeles!

Pedro. No seas estúpido! Acaso no me conoces?

Dióg. No conozco sino mi deber.... Tus papeles, digo.

Pedro. Olvidas que soy tu barbero?

Dióg. No me importa

Pedro. Tengo tu cabeza entre mis manos, dos veces por semana. Si yo no fuese ciudadano honrado, podria abusar...

Dióg. (*calmándose.*) Tiene razon. (*echa una mirada sobre Luciano. y va hácia Virginia, que arregla la mesa en que estaban los aldeanos.*)

Pedro. (Despues de todo, maldita la utilidad que podria sacarse de una cabeza tan falta de seso.

Dióg. (*á Virginia.*) (Quién es ese individuo?)

Vir. (Un viajero.)

Dióg. (Es menester saber si sus papeles están en regla.) (*toma un aire de dignidad y se adelanta hácia Luciano.*) Ciudadano?..

Luc. Tráeme mostaza,

Dióg. (*desconcertado.*) Most...

Luc. Sí, hombre, mostaza!.. No la tienes?

Dióg. Sí, sí... (Vamos, es al posadero á quien se dirige.) (*sirviéndole.*) Aquí la teneis...

Luc. Gracias.

Dióg. (*tomando de nuevo su aire magistral.*) Ciudadano viajero?..

Luc. Es buena?

Dióg. Escelente... Ciuda...

Luc. Manda que me sirvan café...

Dióg. Café?.. (*á Virginia.*) Virginia, café.

Vir. (*saliendo.*) En seguida.

Dióg. Ciu...

Luc. Con leche...

Dióg. (*gritando.*) Con leche!..

Pedro. (*corriendo á repetir á la puerta.*) Con leche. (Pues no trata á la autoridad, ni mas ni menos que si fuese un lacayo?)

Luc. Y papel, pluma y tintero.

Dióg. Todo lo que quieras... Pero primero enséñame tus papeles.

Luc. Mis papeles?

Dióg. Si... Los tienes?

Luc. (*levantándose y mirándolo de frente.*) Y tú?

Dióg. (*retrocediendo sorprendido.*) Yo!

Luc. Sí... debes tenerlos tambien!

Pedro. Es justo; tambien debes tenerlos.

Dióg. Pero... yo soy municipal adjunto.

Luc. Razon de mas, para que des ejemplo.

Pedro. Es claro; debes dar ejemplo.

Dióg. Pero yo estoy en el seno de mis lares.

Luc. Razon de más todavía; yo podria decirte que he olvidado, perdido los mios; pero tú no tienes este pretesto ni esta escusa... Veamos, pruébame que eres municipal:.. pruébamelo con tus papeles, puesto que tan mal lo pruebas con tus actos.

Dióg. Cómo es eso?

Luc. Un municipal obraria del modo que tú lo haces? Se comprometeria á cada instante por su negligencia y su debilidad.

Dióg. (*tartamudeando.*) Ciudadano!

Pedro. Ve ahí lo que yo te decia...

Luc. Silencio! (*á Diógenes bajo.*) Aleja á ese charlatan... tengo que hacerte una comunicacion de la mas alta importancia para tí, si tienes en algo tu cabeza.

Dióg. Si la tengo en algo, ciudadano?.. (*á Pedro.*) Pedro, amigo mio, hazme el favor... tengo que hablar con el ciudadano...

Pedro. No quieres que te afeite?

Dióg. No, déjanos.

Pedro. (Qué pueden tener que decirse?..) (*sale.*)

ESCENA IV.

Diógenes, Luciano, Virginia.

Vir. (*trayendo el café, una escribania y papel.*) Aquí tienes lo que has pedido, ciudadano.

Luc. Está bien... Ciudadano, diga lo que quiera ese imbécil que sale de aquí, bien sé que en el fondo eres un buen patriota, y quiero prevenirte del peligro que te amenaza.

Dióg. Un peligro!

Luc. Si... (*con misterio.*) Estos últimos dias, al pasar por la ciudad de Caen, encontré á un personage que he conocido en París. Este hombre viaja en una silla de posta; lleva consigo una jóven hija suya, y se hace pasar por un simple mercader de telas.

Dióg. Bueno, basta!.. Que yo le ponga la mano encima, y verá lo que le aguarda; (*riendo.*) con sus telas...

Luc. No sabes lo que te dices; no comprendes nada. Ve á cerrar esa puerta.

Dióg. (*atontado.*) Ah!

Luc. (*redoblando el misterio.*) Ese hombre, es nada menos que un emisario del gobierno, encargado de recorrer esta parte de la Normandia, y de examinar el modo y forma cómo los agentes de la república cumplen sus deberes... y ay! aquellos por quienes informe mal.

Dióg. Diablo!

Luc. Ahora bien; él se dirige hácia Saint Loo; no tengo duda de que se detendrá en tu casa. Ya estas divertido.

Dióg. Pierde cuidado.

Luc. (*que escribe un billete.*) Voy al Comun á hacer visar mi pasaporte para continuar mi camino... Si el personage llega durante mi ausencia, le entregarás esta carta... Toma.

Dióg. Basta. (*mirando las señas.*) Al ciudadano Bernard...

Luc. Ese es el nombre que ha tomado para viajar de incógnito; sobre todo, te recomiendo la mayor discrecion. (*sale.*)

ESCENA V.

Diógenes, Virginia.

Dióg. Y bien, Virginia, ves á lo que me espones, impidiéndome interrogar á cuantos vienen aquí!...

2

VIR. Una posada no es un tribunal, y no quiero espantar á los parroquianos.

DIÓG. Tienes razon... Dime, no seria mejor prevenir al ciudadano Régulo?..

VIR. Prevenirle?.. De qué?..

DIÓG. De lo que acabo de saber.. Es mi gefe, y además, un hombre de cabeza.

VIR. Sí, pero no obstante, no tengo gran confianza en su patriotismo. Un ex-intendente de un ex-noble!..

DIÓG. (*espantado.*) Chiton!.. quieres callar?..

VIR. Por qué no se ausentó con los demás? Qué hace en este pais?

DIÓG. No sé; pero creo tiene sus motivos... Además, á ti qué te importa?

VIR. Mucho que me importa. (*se oye el ruido de un carruaje.*)

DIÓG. Qué ruido es ese? (*Virginia ha ido á mirar.*)

VIR. Una silla de posta que entra en el patio.

DIÓG. Ahí tienes á nuestro hombre.

VIR. Y una jóven!.. El padre tiene un aire de bondad!..

DIÓG. Sí, fiate en ciertos aires... Vivo, prepara una habitacion... (*reteniéndola.*) Es decir, no te apresures; prefiero que permanezca un momento en esta sala; yo usaré de mi habilidad para hacerle hablar.

VIR. Padre, vas á cometer alguna bestialidad!..

DIÓG. (*con dignidad.*) Virginia!..

VIR. (*que ha ido á mirar á la derecha.*) Hélos aquí, ya llegan.

DIÓG. Atencion!.. no olvidemos que viene para sondear nuestra opinion y nuestros sentimientos. (*enjuga una mesa, cantando destempladamente.*)

ESCENA VI.

Los mismos, el CONDE, ENRIQUETA.

CONDE. Salud, ciudadano!..

DIÓG. (*fingiendo no haberle visto.*) Viva la república!.. Mueran los aristócratas!..

ENR. (*asustada y apretándose contra su padre.*) (Padre mio... dónde hemos entrado?.. Venid, salgamos de esta casa!...)

CONDE. (Enriqueta, tú que has tenido hasta aquí tanto ánimo...) Ciudadano posadero! (*se adelanta.*)

DIÓG. Quién! Calla, qué puedo hacer por serviros?.. Aquí me teneis en mi doble calidad de posadero y de municipal,

CONDE. Ah!.. tú eres...

DIÓG. Un celoso patriota; un bueno, un ardiente republicano, purificado en el alambique de la patria...

VIR. (*dando una silla á Enriqueta.*) Siéntate ciudadana.

CONDE. Podeis darnos una habitacion?

DIÓG. Al momento, ciudadano... Has oido, Virginia? (*yendo á buscar una silla para el conde.*) Libertad, libertad querida... (*colocando la silla cerca de la mesa.*) Si quieres sentarte...

ENR. (*asustada.*) Padre mio!

CONDE. (*haciéndole seña de tranquilizarse á Diógenes.*) Encárgate de que cuiden mi caballo...

DIÓG. Con sumo gusto... (*yendo á la puerta de la derecha y llamando.*) Hé! Calígula!.. Pon el coche bajo el cobertizo, y el caballo en la cuadra!..

ENR. (Dios mio! Qué miedo me causan estas gentes!)

CONDE. (*bajo, á su hija.*) (Tranquilízate!..) (*apercibiéndose que Diógenes parece que los observa, fingiendo sacudir el polvo de un jarro de estaño; saca de su bolsillo un estracto de cuentas y un lapiz; alto.*) Decias que hemos vendido en el último pueblo... tres docenas de pañuelos de hilo?

ENR. Sí, padre mio...

DIÓG. (*á Virginia, que entra con servilletas, un mantel, una escoba.*) Mira, ya le tienes tomando notas!...

VIR. (Y eso qué importa? Voy á aviar la habitacion?)

DIÓG. (No te apresures mucho!..) (*cantando.*)

De nuestros propios brazos, arrebatarnos quieren
Nuestras propias hijas, y nuestras mismas mujeres.

VIR. (*con energía blandiendo su escoba.*) A las armas, ciudadanos!.. (*entra en la habitacion y continua el aire.*)

DIÓG. (*continuando por su lado.*) La, la, la, riega nuestros sembrados! (*yendo al conde.*) Dispensa, ciudadano... no habia reparado que estabas escribiendo...

CONDE. Sí, estoy tomando notas sobre nuestra venta de hoy...

DIÓG. (*alto.*) Parece que la venta ha dado...

CONDE. Bastante...

DIÓG. Tanto mejor; y tomas tus apuntaciones... con el fin de no olvidar nada?..

CONDE. Ese es mi objeto.

DIÓG. (*riéndose y frotándose las manos.*) Dime, has encontrado muchos municipales tan patriotas... ciudadano Bernard?

CONDE. (*sorprendido.*) Quién te ha dicho?...

DIÓG. No es ese tu nombre?

CONDE. Sí, por cierto!

DIÓG. Tu nombre de mercader...

CONDE. No comprendo...

DIÓG. No?... Pues déjalo pasar... que á buen entendedor... Esto te hará conocer, que no es á Diógenes á quien se le hace tomar peras por guindas.

CONDE. En efecto...

DIÓG. Y que los nobles que tengan la osadia de jugar conmigo, harán mejor en dirigirse á otro lado... ó en tomar otro camino.

ENR. (Estamos perdidos!..)

DIÓG. Y ya que me conoces... ó mejor dicho, que nos conocemos... acaba tus apuntaciones... yo voy á la junta del comun.

ENR. (Para hacernos prender!..)

DIÓG. Pronto tendrás listo tu cuarto... Hasta la vista... (*se aleja gorjeando.*)

ENR. (*aproximándose vivamente á su padre.*) Padre mio!.. Estamos perdidos!

DIÓG. (*volviendo.*) A propósito!..

ENR. (*asustada.*) Ah!...

DIÓG. Olvidaba entregarte esta carta, que me han dejado para ti...

CONDE. Una carta!.. (*mirando el sobre.*) Esta letra... (*á Diógenes.*) Y tú sabes?..

DIÓG. Nada temas; he jurado ser discreto... y en estos casos, á fé de Diógenes, soy un pozo de discrecion... un pozo sin fondo; nadie sabrá lo que eres, ni lo que vienes hacer... Te doy mi palabra de verdadero patriota, y de republicano. (*sale.*)

ESCENA VII.

El CONDE, ENRIQUETA.

CONDE. Si comprendo una palabra!..

ENR. Leed, padre mio; tal vez esa carta nos dé á conocer...

CONDE. Tienes razon... (*leyendo.*) «Ciudadano, he creido deber confiar á tu huésped el motivo secreto de tu viaje.» (*interrumpiéndose.*) Qué significa!..

(*leyendo.*) «No te sorprendas de su acogida, ni te inquietes por su lenguaje.»

Enr. (*con gozo.*) Respiro!.. Ese hombre me causaba un miedo! Mas, puesto que nuestro invisible protector le conoce ..

Conde. (*leyendo.*) «Y como importa que tengas reseñas fijas, voy á tomar informaciones, y sabré sobre qué punto es útil que dirijas tu inspeccion. (*interrumpiéndose.*) Mi inspeccion! (*leyendo.* Espérame en esta posada. Salud y fraternidad.» He aquí una cosa estraña... Este billete, este aviso misterioso... y todos los que hemos recibido durante nuestro viaje...

Enr. Y que nos han sido muy útiles, padre mio...

Conde. Es verdad... Y sin embargo, sospecho algun peligro, alguna traicion!

Enr. Oh! eso seria espantoso!.. No, padre mio, no lo creais... El señor Luciano es incapaz... (*se detiene confusa.*)

Conde. (*buscando en la memoria.*) Luciano!.. No tiene otro nombre?

Enr. Luciano Valery. Se hallaba estudiando en París, cuando habiendo sabido la prision de un digno hombre, que lo habia educado, el señor Luciano formó la resolucion de salvarlo. Pero todos los pasos que dió con ese objeto, fueron inútiles... Si hubiéseis visto su dolor... su desesperacion, cuando supo la sentencia del que llamaba su bienhechor, su padre! Queria correr á la cárcel, arrancarlo de manos de sus verdugos, ó morir con él!..

Conde. Valiente jóven!..

Enr. No es cierto, padre mio? No es cierto, que el que así queria sacrificarse por afecto, por reconocimiento, es incapaz de una traicion, de una bajeza?.. No es cierto que podemos fiarnos de él?..

Conde. Sí, hija mia.

Enr. Pues bien, padre mio; si no habeis sido preso en París, cuando vuestros enemigos habian llegado á descubrir vuestro retiro, es porque el señor Luciano... oh! sí, él es, estoy segura! él es quien os ha proporcionado ese pasaporte bajo el nombre de Bernard... y ese disfraz... y hasta esa silla de postas que nos aguardaba, á media noche, sobre el camino de Normandía.

Conde. En efecto, no puedo esplicarme... Pero estos secretos avisos que nos llegan...

Enr. Tambien es él quien nos los dá; ninguna otra persona puede saber la direccion que hemos tomado... (*apercibiendo á Luciano, que aparece al fondo.*) Vedle, padre mio; estaba bien segura de que era él...

ESCENA VIII.

Los mismos, Luciano.

Luc. (*entra y mira á su alrededor con precaucion; saludando.*) Ciudadano, salud!.. (*á Enriqueta, saludándola y bajando la voz.*) Estais sola?

Enr. Sí, señor Luciano.

Conde. (*que le examina, á Enriqueta.*) En efecto, ahora recuerdo... he visto á este jóven en casa de la digna mujer!...

Luc. Si, señor conde.

Conde. Así, ya no hay duda; á vos, caballero, es á quien debemos mi hija y yo el haber escapado á la suerte que nos esperaba... Este afecto por unos estraños!...

Luc. Estraños!... No estais proscriptos?... Vuestros enemigos son los mios ..

Conde. Qué, caballero!... Vos tambien... vuestro nacimiento?...

Luc. Mi nacimiento! (*tristemente.*) No, señor conde... Y ahora que han asesinado al hombre que cuidó de mi infancia, estoy solo sobre la tierra.

Enr. (*con interés.*) Huérfano!

Luc. Si, señorita, huérfano; así debo creerlo. Jamás he conocido á mis padres...

Conde. Sin embargo, el nombre de Valery...

Luc. Es el de la aldea donde he pasado mi juventud, criado por un santo sacerdote. Todo lo debia á sus bondades; mi educacion, que él mismo habia comenzado, y que, á pesar de su pobreza, quiso hacerme acabar en Paris, á costa de sacrificios y privaciones... Al venir en vuestro socorro no hago mas que mi deber... el deseo del hombre que me vé desde el cielo, que sonrie á mis esfuerzos, y parece decirme: Bien, hijo mio, bien; hé ahí cómo yo quiero ser vengado!

Conde. Tan nobles sentimientos no pueden menos de aumentar mi estimacion por vos, caballero; pero, no podemos aceptar por mas tiempo un apoyo que puede comprometeros.

Luc. Qué me importa!... Además, esta noche llegareis á Saint Loo.

Conde. A Saint-Loo! Pero si no voy á Saint-Loo!

Luc. Qué, señor, vuestro proyecto no es pasar á Inglaterra?

Conde. (*suspirando.*) No sé... Me seria sensible dejar la Francia, como un fugitivo, como un desterrado... Si á lo menos conociese á mi cobarde acusador! Si pudiese ser puesto en frente del hombre que me ha señalado como un enemigo de mi país! Yo, que desearia morir en su defensa!

Enr. Por mas que blasoneis de amor á vuestra patria, no se os creeria, padre mio!

Luc. Creedme, señor conde, partid, trasladaos á Saint-Loo... conozco ese país, y allí me procuraré fácilmente una barca.

Enr. Es preciso, padre mio!

Luc. No vacileis, quizás mañana sea tarde!

Conde. Y sin embargo, es indispensable diferirlo todavía. No puedo alejarme asi... Debo, ante todo, y este era el objeto de mi viaje, ir á mis posesiones de Breval.

Enr. Gran Dios!

Luc. Pensais lo que decis?

Conde. He sabido, por un aviso secreto del pariente á quien tenia encargada la gestion de mis bienes, que inmediatamente despues de mi partida, habia sido secretamente denunciado... El castillo fué invadido, mis muebles registrados, mis papeles robados. Mas estoy seguro, que nadie ha podido descubrir el sitio en que tenia depositada una suma considerable, reunida hacia tiempo, previendo los sucesos que no se han hecho esperar. Esta suma nos permitirá vivir en Inglaterra; y si, por desgracia, llegases á perderme, moriria con la consoladora idea de saber, que no quedabas al abrigo de la miseria.

Enr. Y es por causa mia, por lo que quereis arriesgar el caer entre las manos de vuestros enemigos? Oh! no, mejor es sufrirlo todo. Yo trabajaré, padre mio!

Conde. Tú?

Luc. La hija del conde de Breval!

Enr. Y por qué no?... El trabajo deshonra por ventura? Y despues, una hija que trabaja para su padre... (*salta al cuello de su padre.*) Oh! ya vereis qué felices somos, padre mio!

Luc. Permitidme ver si el camino es seguro, ó si convendria tomar el de travesía.

Conde. Sea; pero llegada la noche, partiré...

Enr. Caballero, si me atreviese á rogaros que acompañáseis á mi padre?..

Luc. Esa era mi intencion, señorita, si el señor conde...

Conde. Con mucho gusto, caballero... Pero, cómo demostraros mi reconocimiento?..

Luc. Acordándoos, alguna vez, señor conde, de que habeis dejado en Francia un hombre que os es todo adicto! (*los saluda y se aleja.*)

ESCENA IX.

El Conde, Enriqueta, *despues* Virginia.

Enr. Y bien, padre mio, no tenia razon?

Conde. Si... es un corazon generoso!

Vir. Ciudadano, cuando quieras... tu habitacion está lista!

Conde. Está bien; vé, hija mia; debes estar rendida.

Enr. Pero vos?..

Conde. Iré á reunirme contigo, cuando acabe de comprobar... (*le enseña los papeles que ha dejado sobre la mesa; bajo.*) Cuando haya tenido la respuesta del señor Luciano. (*alto.*) Anda, hija mia... (*á Virginia.*) Tú, ciudadana, me harás el favor de preparar nuestra comida, no es verdad?..

Vir. Por supuesto, ciudadano... (*viéndole escribir.*) (Vamos, ya vuelve á continuar el reconcomio; eso es... toma tus notas, buen hombre, toma tus notas..) (*sale gorjeando. Lubersac y Diógenes aparecen al fondo.*)

ESCENA X.

El Conde, Lubersac, Diógenes.

Dióg. Hélo ahí, ciudadano Régulo... Ves?.. Todavía está haciendo garrapatos.

Lub. Cómo! Es ese el agente?... (*avanza un poco, mira al conde y retrocede sorprendido.*) Qué veo?.. Es él... no me han engañado.

Dióg. Hem? Le conocerias acaso?

Lub. Sí, me parece... Déjanos solos!

Dióg. (*adelantándose.*) Ciudadano Bernard... hé aquí al ciudadano Régulo, el municipal. (*el conde mira a'rededor suyo, pero Lubersac se ha vuelto de espaldas y finge mirar fuera, para no ser reconocido. Diógenes continua con misterio.*) Uno tan bueno... tan sólido como yo!..

Conde. (El municipal... estoy perdido!)

ESCENA XI.

Lubersac, *el* Conde.

Conde. (*á si mismo, con inquietud.*) (Vamos! El fingimiento es inútil.)... Qué veo!...

Lub. (*yendo al conde con aire enternecido.*) Querido conde!... Sois vos?...

Conde. (*reconociéndole.*) Lubersac!.. Aquí... bajo este traje!..

Lub. No me juzgueis antes de oirme. Cierto, las apariencias me acusan.

Conde. Las apariencias...

Lub. Si hoy me veis revestido de estas insignias y esta autoridad... si, para salvar mi cabeza, he consentido en dejar creer á estos miserables, que el caballero Lubersac participaba de sus principios.... Si para convencerlos, me he hecho públicamente mas enemigo que ellos mismos del partido que, en el fondo de mi alma, no he cesado jamás de respetar y de querer... todo era para servirle mejor en secreto.

Conde. Qué oigo?..

Lub. La verdad... Y el cielo ha bendecido mis esfuerzos, y hoy acoge el mas querido de mis votos, puesto que me permite salvar al que por tanto tiempo fué para mi el mejor de los parientes y de los amigos.

Conde. (*conmovido, y tendiéndole la mano con abandono.*) Lubersac! Perdonadme el haberos desconocido un momento... Y sin embargo, lo confieso... á pesar de la pureza de vuestras intenciones, no es eso lo que yo os hubiera aconsejado... Pero puesto que asi es, protegido por vos... puedo realizar mi proyecto... ir al castillo de Breval... estraer de allí la suma, sin la cual no podia decidirme á expatriarme...

Lub. (*fingiendo acordarse.*) Ah! esa suma es la que provenia de la venta de vuestra tierra de Mesnil-Durand? Ochocientas mil libras!.. que habíais convertido en letras sobre diversos bancos extranjeros!..

Conde. Justamente!

Lub. No os las habíais llevado con vos?

Conde. No!..

Lub. (Me lo sospechaba...)

Conde. Podia preveer que apenas me hubiese alejado de mi casa, cuando os dejé para ir á buscar á Enriqueta, seria acusado, denunciado como un traidor?..

Lub. (*hipócritamente.*) Es posible que existan personas tan viles, que sean capaces de acusar al mejor de los hombres?

Conde. Ahora ya comprendereis, que es indispensable que vaya al castillo esta noche.

Lub. Vos!.. Guardaos bien de ello!.. Encontraríais allí una muerte espantosa, inevitable... (*movimiento del Conde.*) Vos ignorais... y yo mismo, no hace si no un momento que lo he sabido... Un hombre terrible... implacable en su venganza, y del que teneis que temerlo todo, acaba de ser enviado al país por el comité de salvacion pública... y este hombre llega esta mañana á Breval.

Conde. Quién es ese hombre?

Lub. Simon, el arrendador arrojado por nosotros en otro tiempo... Y no sé si mis funciones, si los principios que se me suponen, bastarán á ponerme al abrigo de su resentimiento!..

Conde. Seguramente; pero entonces, qué hacer?... Irme de este modo, es imposible!

Lub. Y permanecer es perderos vos y vuestra hija...

Conde. (*desconsolado.*) Mi hija!

Lub. Esperad... sí... yo podria... como Magistrado y bajo el pretesto de tomar medidas por la seguridad del pais, podia visitar el castillo... Una vez allí y guiado por vuestras indicaciones, fácilmente llegaré al sitio donde habeis depositado los fondos.

Conde. En efecto...

Lub. Pero es menester apresurarse; Simon no tardará en venir; he recibido aviso de ello... Así pues, ese tesoro...

Conde. (*con misterio.*) En el salon grande, que dá sobre el parque, á la derecha, en una consola, que abrireis fácilmente, hácia el medio de la tapa...

Lub. Basta!..

Conde. Pero, amigo mio, reflexionad bien, antes de acometer una empresa tan arriesgada...

Lub. Perded cuidado; conseguiré mi intento, ó no volvereis á verme jamás!

ESCENA XII.

Los mismos, Diógenes, Virginia *con las viandas en una cesta.*

Diόg. Tu comida, ciudadano...

Conde. Está bien! Llevad esto á mi habitacion. (*Diógenes y Virginia entran en la habitacion.*)

Lub. Apresuraos. Prevenid á nuestra querida Enriqueta...

Conde. Os aguardaremos aquí, mientras que un amigo, que nos es muy adicto, irá á Saint-Loo á prepararlo todo...

Lub. Eso es...

Dióg. (*volviendo á entrar y yendo al Conde.*) Ciudadano...

Enr. (*apareciendo sobre el dintel de la puerta.*) Padre mio... (*reconociendo á Lubersac.*) Cielos!

Conde. (*yendo vivamente á ella y haciéndole señas*) Está bien, hija mia... Soy contigo, Enriqueta. (*á Lubersac.*) Ea, hasta la vista, ciudadano. (*entra en la habitacion con Enriqueta.*)

ESCENA XIII.

Lubersac, Diógenes.

Lub. (*con gozo.*) (Al fin!..)

Dióg. (*con misterio.*) Y bien! sabes algo?

Lub. Sé... sé lo que queria saber.

Dióg. Pero qué?

Lub. Que se burlaban de tí!

Dióg. Eso no es posible!

Lub. Te digo que se ha abusado de tu credulidad... Y si no fuera por mí, dejabas escapar á uno de los mas peligrosos enemigos de la República.

Dióg. Bah!.. Pues quién es?

Lub. Bien pronto lo sabrás... Voy á tomar medidas para que no se nos escape... Tú, cuando la hija salga de esa habitacion, cierras las puertas; que la ciudadana Virginia se mantenga en el patio, y vigile sobre las ventanas... Y, piensa bien en lo que te digo; me respondes de ese hombre con tu cabeza. (*sale apresuradamente.*)

ESCENA XIV.

Diógenes, Virginia, *despues* Pedro.

Dióg. (*muy aturdido.*) Con mi cabeza!... Uno de los enemigos mas peligrosos!... Será posible!... Y el otro... ese viajero que habia venido á contarme una historia...

Vir. (*que acaba de entrar.*) Y bien, qué te pasa?

Dióg. (*tomándola por el brazo y llevándola precipitadamente á un lado.*) Lo que tengo, hija imprudente! Dónde estaríamos ahora, hem... si te hubiese hecho caso?... Si yo no hubiese sido advertido por el ciudadano Régulo, á pesar tuyo?... (*le sacude el brazo con fuerza.*)

Vir. Ah! pero...

Dióg. Vé, pues, á hacerles cumplimientos!... Alaba todavía el aire de bondad de ese hombre, que ha faltado poco para hacerte quedar huérfana!

Vir. Dios mio!

Pedro. (*entrando.*) Y bien, quieres que empceemos? (*haciendo seña de afeitarlo.*)

Dióg. (*deteniéndose y haciéndole seña*) Chit...

Pedro. (*á Virginia.*) Qué?

Vir. Qué sé yo? Cinco minutos hace que me habla sin poderlo comprender.

Dióg. (*que ha mirado por el agujero de la cerradura.*) No!... allí están los malvados!

Pedro. (*asustado.*) Los malvados! Hay aquí gente mala?

Dióg. (*repite la misma operacion.*) Están comiendo!... Esperad, esperad!... (*echa la llave con precaucion y la quita.*)

Vir. Los encierras!

Dióg. Sí, los encierro... Y tú, vas á irte al patio... y tendrás el ojo fijo sobre las ventanas de esta habitacion, hasta la vuelta del ciudadano Régulo!

Vir. Pero...

Dióg. Esa es su órden... Yo, voy á buscar algunos hombres en los alrededores... (*va á tomar su sombrero.*)

Pedro. Para qué?...

Dióg. Acaso no pueden estar armados? (*á Virginia empujándola.*) Anda, anda... (*á Pedro.*) Y tú, no pierdas de vista esta puerta... volveré con refuerzo (*sale corriendo.*)

ESCENA XV.

Pedro, *despues* Luciano.

Pedro. Hé!... Sí... echa á correr?... Permanece aquí... vuelvo con refuerzo! ... Y, si antes que vuelva...

Luc. (*entrando*) Salud! ...

Pedro. (*estremeciéndose*) Ah!... eres tú?... Llegas á propósito, ciudadano; tú que eres un celoso, nos ayudarás...

Luc. Con mucho gusto... á qué?

Pedro. A vigilar á gentes... á gentes muy peligrosas, que el ciudadano Diógenes ha descubierto, y que ha encerrado ahí.

Luc. Ahí?... (*se dirige hácia la habitacion.*)

Pedro. (*deteniéndole.*) Oh!... Ten cuidado!

Luc. Qué puedo temer, puesto que están encerrados? (*mira.*) (Son ellos... Habrán cometido alguna imprudencia!... Si yo pudiese... (*mira á Pedro.*) Un imbécil!...)

Pedro. Los has visto?...

Luc. Perfectamente.

Pedro. Son espantosos, no es verdad?...

Luc. No tanto como peligrosos... un anciano y una jóven...

Pedro. Bah!... entonces, qué música me ha venido á contar ese papá Diógenes?...

Luc. Que ha querido hacerse valer.

Pedro. (*encogiéndose de hombros.*) Y despues... es tan collon!

Luc. Y sufririas tú que un hombre campechano... porque le conozco... le he visto aquí hace poco... he hablado con él... É indudablemente, nosotros somos buenos y entusiastas patriotas, no es verdad?

Pedro. Entusiastas!... Ardientes! Somos ardientes patriotas!...

Luc. Eso es lo que yo queria decir... No somos nosotros los que trataríamos con consideraciones á un ex-noble, que supiésemos se hallaba animado de proyectos hostiles á la patria.

Pedro. Claro está!

Luc. En cuanto á ese, derribaríamos esa puerta, y le castigaríamos con nuestras propias manos...

Pedro. (*animándose.*) Es decir, que ese, ves tú, pasaria un cuarto de hora desagradable...

Luc. (*con misterio.*) Pero si nos constase que ese buen hombre, que está ahí, en el fondo de su alma es tan buen francés como tú, como yo... tampoco somos brutos, tigres, bestias feroces...

Pedro. Ciertamente que no somos bestias brutas...

Luc. Nosotros raciocinamos... no matamos... no destruimos por mero placer!

Pedro. Caramba!... Pero aun hay mas; ves tú... yo no soy un hombre sanguinario; cuando desuello á alguno de mis clientes... me hace mas daño á mí, que á él... moralmente, se entiende!...

Luc. Lo comprendo; y esa sensibilidad te honra á mis ojos... ciudadano... (*le aprieta la mano.*) y muy mal te juzgo, ó estoy seguro, que al ver el dolor de ese anciano, la desesperacion de su hija... pensarias en tu padre... en tu hermana...

Pedro. Mi hermanita Jacoba!...

Luc. Te dirias a tí mismo, que ellos tambien podrian ser acusados injustamente por algun imbécil, co no ese Diógenes... presos, metidos en una cárcel... enviados á la muerte...

Pedro. (*sollozando.*) Jamás!... Jamás!...

Luc. Y me suplicarias que te ayudase á salvarlos...

Pedro. Oh! si, ciudadano; te lo ruego, salvémosles... Salvemos á mi anciano padre y á mi hermana Jacoba... es decir... calla!... ya no sé lo que me digo; no veo nada... has hecho que me dé calentura.

Luc. Entonces, ayúdame á burlar el horrible designio de ese estúpido Diógenes... Abramos esa puerta.

Pedro. Si (*mirando á la derecha.*) Ah! Aguarda!... Si, es Diógenes el que apercibo allá abajo... Sin duda vuelve con gente...

Luc. (Diógenes!... Qué hacer?... Si me encuentra aquí todo está perdido... Y sin embargo... dejarlos en su poder...)

Pedro. (*que miraba.*) No, esta solo... Ah!... qué idea! Tengo una idea!

Luc. Crees tú?...

Pedro. Si, lo creo... esto puede salir bien... Retírate al jardin... y cuando sea tiempo .. te haré una seña... y vendrás en seguida... No faltes.

Luc. Cuenta conmigo... Pero prudencia!

Pedro. Prudencia! Pues si estoy petri... Podria dar cien puntos al rey de las serpientes... Hélo aqui! (*Luciano sale vivamente por la izquierda, en el momento en que Diógenes entra por el fondo.*)

ESCENA XVI.

Pedro, Diógenes, Luciano, *fuera.*

Dióg. Uf!... Dime, no ha habido novedad?

Pedro. No.

Dióg. No se han movido?

Pedro. No; y tus hombres?..

Dióg. Podremos pasarnos sin ellos... Antes de un cuarto de hora estará aquí el enviado del comité de salvacion pública...

Pedro. Ah!

Dióg. El ciudadano Régulo le habia enviado un expreso, que le ha encontrado á dos leguas... Qué honor! Qué gloria para nosotros, de poder presentarle nuestros prisioneros...

Pedro. Y qué barba!... Qué adulado se considerará al contemplar la tuya!... Una barba de 175 horas!

Dióg. (*pasándose la mano por la barba.*(Tienes razon... Pero cuando la patria...

Pedro. (*atrayéndolo del lado de la cocina.*) Vamos, ven... ven pronto.

Dióg. (*resistiendo.*) No; quién los vigilaria entonces?.. No me muevo ya de aquí!..

Pedro. Pero, puesto que tienes la llave en tu bolsillo!..

Dióg. (*tocando sobre su bolsillo.*) Ciertamente... pero prefiero quedarme... (*tomando una silla.*) Vamos, despáchate...

Pedro. (*poniéndole la toalla alrededor del cuello.*) Pronto estará hecha; átala tú mismo...

Dióg. Bueno!.. (*mientras que tiene las manos ocupadas en atarse la toalla, Pedro desliza suavemente su mano en el bolsillo de Diógenes.*)

Pedro. Voy á despacharte... en un abrir y cerrar de ojos... en una vuelta de llave... (*toma la llave y va á buscar agua á la mesa, cerca de la puerta del jardin, y grita á media voz, con intencion.*) Jum!.. atencion! (*dá la llave á Luciano, que adelanta la mano.*)

Dióg. (*volviéndose.*) Atencion á qué?

Pedro. (*corriendo á él.*) Atencion á cerrar bien la boca y los ojos... (*le enjabona la cara.*)

Dióg. Si, si... pero no tan fuerte, hombre!

Pedro. Tienes tan espesa la barba!.. Dios! qué hermosa barba!.. (*hace seña á Luciano que aparece, de atravesar é ir á abrir la puerta.*) Tienes... hasta en los ojos?.. (*le llena los ojos de espuma de jabon.*)

Dióg. Imbécil! Animal!

Pedro. Perdona!.. Voy á quitarte eso... (*le enjuga los ojos con la toalla y se coloca de manera que le impide ver la puerta, que Luciano abre.*)

Dióg (*rechazándole.*) Pero no tan fuerte!.. Basta... afeitame pronto!

Pedro. (*echando miradas inquietas sobre la puerta de la habitacion en que ha entrado Luciano.*) Sí... si... (*le afeita.*)

Dióg. (*cogiéndole por el brazo, y deteniéndole.*) Ah! pero, oye... estás temblando...

Pedro. Yo?.. Quiá!..

Dióg. Te digo que estás temblando... No quiero que me afeites... (*Luciano, que iba á salir con el conde, se detiene.*)

Pedro. (*sujetando á Diógenes.*) No tengas miedo. (*Diógenes quiere levantarse, pero Pedro le ase por la nariz y le tiene vigorosamente echándole la cabeza hacia atrás.*)

Dióg. (*hablando con la nariz.*) Pero... te digo...

Pedro. Mantente quieto... me vas á hacer que te corte!.. (*Diógenes permanece quedo; Pedro hace seña á Luciano de salir; el Conde, su hija y Luciano atraviesan el fondo y se dirigen hácia la puerta del jardin. Luciano, al pasar, entrega la llave á Pedro, que la desliza en el bolsillo de Diógenes, mientras lo que sigue, pero en el otro bolsillo.*) Cómo es eso? Decias, hace poco, que el enviado del comité de salvacion pública, ha sido advertido por el expreso del ciudadano Lubersac! (*rectificándose.*) No ... Régulo?.. Y que vá á llegar aquí?

Conde. (*que en el momento de sa'ir, se ha detenido á escuchar.*) Lubersac!.. Infamia!..

Pedro. (*se vuelve para hacerle seña que se calle! se detiene y arroja un grito sobresaltado.*) Ah!..

Dióg. (*á quien ha cortado.*) Ah!... muerto soy... (*se levanta y trata de contener la sangre con la toalla. Luciano arrastra fuera al conde y á Enriqueta.*)

Pedro. (*cayendo aterrado sobre la silla de Diógenes.*) Ah! gran Dios! Qué es lo que he visto?

Dióg. (*llamando con voz fuerte, pero debilmente, poco á poco.*) Virginia!.. Virginia... socorro!.. Virginia... Ah!... El corazon... y las piernas!

(*Quiere volver á colocarse en la silla, y se sienta sobre las rodillas de Pedro: los dos arrojan un nuevo grito de espanto; Diógenes corre á sentarse al estremo opuesto.*)

ESCENA XVII.

Los mismos, VIRGINIA.

VIR. (*acudiendo.*) Y bien, qué teneis los dos para gritar de ese modo?..

DIÓG. So... corro!.. El mi... se... rable me ha asesinado!

VIR. (*yendo á coger á Pedro por el cuello y levantándole de la silla.*) Él?..

PEDRO. Eh! no... solo es un rasguño...

VIR. (*yendo á examinar á Diógenes.*) Si eso no es nada.

DIÓG. Lo crees así? (*rumores y voces fuera.*)

UNA VOZ. Por aquí, ciudadano... por aquí...

VIR. (*que ha corrido al fondo.*) Qué busca toda esta gente?..

PEDRO. Será, quizás, el enviado de la Convencion?

VIR. El mismo!

DIÓG. (*levantándose.*) El enviado!..

VIR. Pero tú no puedes presentarte de este modo!.. Ven, ven pronto. (*le saca por fuerza.*)

PEDRO. Id, yo le recibiré. Despachaos!

ESCENA XVIII.

PEDRO, SIMON, *Aldeanos.*

SIM. (*entrando, rodeado de gentes del pueblo.*) El ciudadano Diógenes, está en casa?

PEDRO. Va a venir dentro de un instante. (*reconociendo á Simon.*) ¡Cielos!... Es posible!... Simon!...

SIM. Pedro!... (*se abrazan.*)

PEDRO. Cómo, eres tú?... No te mataron allá bajo?..

SIM. Ya lo ves!... Pero no ha sido culpa suya ni mia; parece que tengo el pellejo algo duro; porque en la última accion, mis camaradas me sacaron del campo de batalla acribillado de heridas... (*enseñando el brazo izquierdo entablillado.*) y por contera, este brazo.

PEDRO. Para curarte será preciso poner ahí encima...

SIM. Para curar esta mano, será preciso poner la otra sobre el mayor número posible de aristócratas... Y por esto es por lo que he solicitado venir aquí. Sabes que siempre fué mi idea volver á este pais...

PEDRO. Y, sobre todo, volver á él de esta manera?

SIM. Oh! si... (*con orgullo.*) Esto me causa un gran placer... mientras no obtengo otra satisfaccion, que espero proporcionarme algun dia. Has visto á Magdalena?

PEDRO. Magdaenla?... Ha venido contigo?...

SIM. Bien sabes que jamás se separa de mí. Esta mañana se ha dirigido á Saint-Valery... y le he dado cita para aquí... Habrá podido descubrir, al fin... (*alto.*) Y bien, ese municipal... ese Diógenes... está visible, si ó no?...

VIR. En qué se te puede servir, ciudadano?...

SIM. Acaso eres tú el municipal?

VIR. Soy su hija, para servirte.

SIM. Entonces, no es á tí á quien quiero hablar...

DIÓG. (*lleva una larga tira de tafetan inglés sobre la cara.*) Dispensa, ciudadano; herido gravemente... en servicio de la República... (*á cada instante, se lleva el pañuelo á la cara, para asegurarse que no corre la sangre.*)

SIM. He recibido aviso, de que han sido detenidas en tu casa personas sospechosas.

PEDRO. (Malo vá esto!)

SIM. (*á Diógenes, que, distraido con su cortadura, no le ha escuchado.*) No respondes? Ya no estarán aquí?...

DIÓG. (*mirando su pañuelo.*) Dios mio, Virginia... me parece...

SIM. (*cogiéndole del brazo bruscamente.*) Deja tu quijada tranquila, y responde. (*viendo entrar á Magdalena; á Diógenes.*) Un momento... soy contigo... Y bien, mujer?

MAG. (*tristemente.*) Nada, Simon!

SIM. Nada! No has sabido nada?... Nada has podido averiguar?... Pero todas nuestras cartas, á que no nos han contestado... han debido decirte...

MAG. Me han dicho, Simon, que hace dos años, justamente en la época en que fuistes herido, mi padrino fué á París con el objeto de ver á nuestro hijo; y habiendo sido preso como sospechoso...

SIM. Sospechoso! El!... Un digno servidor de Dios... nacido entre nosotros, y que habia trabajado y sufrido con nosotros!

MAG. Pues eso no le impidió ser encerrado en las prisiones, donde pereció cuando las matanzas.

SIM. (*bruscamente.*) Y despues?... Acaba!

MAG. (*bajando la voz.*) Jamás ha vuelto á aparecer nuestro hijo en Saint-Valery; queria tanto á su protector, que... (*llorando.*) nadie ha vuelto á oir hablar él!

SIM. Malditos sean mil veces los que nos han forzado á separarnos de él!.. Vamos, Magdalena... valor!.. Si no hemos podido conservarle... le vengaremos á lo menos!.. (*yendo á Diógenes, bruscamente.*) Ciudadano municipal, dónde están esas personas sospechosas?... Las veremos al fin?

DIÓG. Al momento, ciudadano... Ahí están!...

SIM. (*sentándose.*) Abre... y tráemelos...

DIÓG. (*abriendo la puerta.*) Obedezco, ciudadano...

PEDRO. (Qué dirá, gran Dios!..)

DIÓG. (*entrando.*) En nombre del Rey... (*reponiéndose, á Simon.*) Dispensa.... sufro tanto!... En nombre de la ley, salid. Ah! teneis la bondad?... (*á los aldeanos.*) Entrad ahí dentro vosotros.

SIM. (*levantándose y yendo á la habitacion.*) Truenos y rayos! Valientes ceremonias! (*agarra á Diógenes y le tira de costado, haciéndole rodar sobre si mismo.*) Quítate de ahí! (*entra en la habitacion.*)

DIÓG. (*á quien Pedro y Magda'ena han sostenido.*) Qué puño! No tiene mas que uno, pero qué puño!

SIM. (*volviendo á aparecer.*) En ese cuarto no hay nadie!...

DIÓG. Nadie!.. Imposible!

SIM. (*cogiéndole por el cuello y tirándolo dentro de la habitacion.*) Vas á verlo... (*á si mismo.*) Habrán huido!...

PEDRO. (De buena gana estaria aun en Santo Domingo...)

DIÓG. (*reapareciendo.*) Nadie, pues es verdad!.. Y sin embargo, la llave... Virginia, no has visto nada?

VIR. Yo no me he separado del patio... y la ventana ha permanecido cerrada.... Mirad, todavía lo está!...

SIM. Pues sin embargo, ellos han salido.

DIÓG. Pero por dónde? (*á Pedro.*) A menos que tú les hayas abierto la puerta?

PEDRO. (*turbado.*) Yo?.. Si teníais la llave vos.

DIÓG. (*herido de un recuerdo.*) Ah!.. tú eres!.. Sí... hace poco, al afeitarme, por qué temblabas tanto?.. Por qué palideces ahora?... (*á Simon.*) El es... ved ahí por qué ha querido degollarme.

SIM. (*á Pedro.*) Pedro!.. Seria cierto?..

Pedro. No, te juro... (*vacila.*)

Sim. (*cogiéndole por el cuello y sacudiéndole.*) Habla!.. Has sido tú? Te has atrevido á favorecer su fuga?

Pedro. (*cayendo de rodillas.*) Misericordia, Simon!... Yo creia... Me habian dicho que no era una persona sospechosa... Te juro que si hubiese sabido quién era...

Sim. Pues quién era?

Pedro El noble conde de Breval.

Sim. (*rechazándole con fuerza.*) El Conde de Breval!.. Era el Conde de Breval!.. Estaba ahí?.. (*á Diógenes.*) Y le habeis dejado escapar?... Maldicion!...

Mag. (*tratando de calmarle.*) Simon, cálmate; tu herida va á abrirse de nuevo.

Sim. El Conde!.. A quien hace tanto tiempo que busco en vano!.. Podia tenerle ahí... delante de mí... en mi poder.... vengarme.... y se me escapa!... (*agarrando un asiento y levantándole sobre Pedro.*) Imbécil! Qué merecias!.. (*Pedro, espantado, cae con el rostro contra el suelo. Simon arroja el asiento; á Diógenes.*) Y tú?

Dióg. (*tartamudeando.*) Ciudadano...

Sim. Si no fuéseis un par de imbéciles, os enviaria á dar cuenta al mismo tribunal de Granville.

Dióg. Te juro, ciudadano...

Sim. Silencio!..

Dióg. Sí, ciudadano.

ESCENA XIX.

Los mismos, Lubersac.

Lub. (*con sus despachos en la mano.*) Ciudadano Simon, te estaba buscando.

Sim. Hem! Esa voz!.. Pero no me engaño...

Mag. El señor Lubersac!

Lub. El ciudadano Régulo... Si te place... municipal de este distrito.

Sim. Eres municipal tú?

Lub. Y republicano... y buen republicano. Por lo tanto, espero que habrás olvidado?..

Sim. Olvidado!..

Lub. Tú eres adicto á la República... ambos servimos la misma causa. (*movimiento de Simon.*) Y si dudases de mí, no tengo mas que decir una palabra para convencerte, que no retrocedo ante ningun sacrificio cuando se trata de servir á la pátria. El aviso que has recibido de encontrarse en este lugar varios sujetos sospechosos...

Sim. (*retrocediendo lleno indignacion.*) Era tuyo!... Y fuistes tú quién los detuvo?

Lub. Si; dudaríais aun?...

Sim. (*apretándole el brazo con fuerza, con voz sorda.*) Qué vileza!.. Que yo persiga al conde, por haberme arrojado de su casa, por haberme deshonrado, estoy en mi derecho!... Pero tú!... tú, su pariente, su amigo; tú, de quien veinte años fué el sosten, el bienhechor... denunciarle, entregarlo!... Ah! Judas!... (*movimiento de Lubersac.*) Si, Judas!... Vamos, dáte prisa á decirme lo que tengas que manifestarme... porque la vista de hombres como tú, revestidos de esa banda, me haria dudar de la pureza de nuestra causa... Y, no sé quién me detiene. (*pone la mano sobre la banda, como para arrancársela.*)

Lub. Ciudadano!...

Sim. (*arrancándole el despacho de la mano.*) Vamos... dame pues!... (*dando el despacho á Magdalena, que lo abre y se lo dá.*) «Ciudadano Simon, la Convencion, apreciando tu ardiente adhesion á la causa del pueblo, el celo y el valor de que has dado tantas pruebas, y los brillantes servicios prestados por tí á la patria...» (*interrumpiéndose.*) No hice mas que mi deber. (*leyendo.*) «Ha decretado, ayer, 6 de fructidor, año segundo de la República francesa, que te sea conferido el mando de las milicias, guardacostas de la Normandía; y que para reparar la injusticia de que fuiste víctima en otro tiempo, te se hace donacion, para ti y tus descendientes, de los dominios y castillo del ex-noble señor de Breval.

Lub. (*á si mismo.*) (Quién lo creeria!... A él el castillo!... Ah! y el tesoro?)

Sim. (*á Magdalena.*) Entiendes Magdalena? (*con alegría.*) Nuestro ese dominio, del cual se nos arrojó ignominiosamente!... Oh! la República es justa... Y ya veis, amigos mios, cómo sabe recompensar á los que la sirven fielmente.

Todos. Viva la República!

Sim. Si, viva la República!... Y perezcan sus enemigos!... (*á Magdalena, tomándole la mano.*) Partamos...

Mag. A dónde?

Sim. A nuestro castillo de Breval. (*vuelve á subir hácia el fondo.*)

Todos. (*rodeando y siguiendo á Simon, á quien felicitan.*) Viva el ciudadano Simon!... Viva Magdalena!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

El teatro representa un gran salon del tiempo de Luis XV, en el castillo de Breval; de un lado, á la izquierda, una puerta; en segundo término, una ventana; muy cerca de la ventana una consola: muy cerca de la puerta, un gabinete sin salida; enfrente de la ventana, otra ventana que dá al parque, y desde donde se pueden ver los fosos; antes de esta ventana, en primer término, la puerta de una habitacion; despues de la ventana, una puerta que da á una galería; en el fondo, entrada principal, dando sobre un vestibulo; á la derecha, una mesa.

ESCENA PRIMERA.

Magdalena, Simon.

(*Al levantarse el telon, Magdalena, sola, está sentada cerca de la ventana, y mira á lo lejos con tristeza. Suspira dolorosamente, y enjuga sus lágrimas.*)

Sim. *llamando desde fuera.*) Magdalena!... Magdalena!... dónde estás!... (*entra*) Ah! estaba seguro... siempre junto á esa maldita ventana... (*aproximandose á ella.*) Magdalena, qué haces ahí?

Mag. Yo?... Nada... te estaba esperando.

Sim. Si... me esperabas, siempre mirando por esta ventana... Te habia rogado, Magdalena, que no te pusieras mas ahí... (*bruscamente.*) En adelante, te prohibo venir á este salon.

Mag. Dios mio! Pues qué mal hago en mirar al mar?

Sim. Qué mal?... Desde luego te haces mucho á tí misma; si, la vista de esas costas que se ven desde aquí... la vista de las costas de Saint-Valery... te recuerdan la pérdida tan cruel que hemos tenido... eso entretiene tus miradas, tu pesar... y, una vez mas, te digo, que no comprendo esto!

Mag. Conque, quieres arrebatarme el solo recuerdo que me queda para consolar mi corazon? El de llorar á mi hijo!

Sim. Lo que quiero es, que no pienses en él sin cesar... Y á qué viene estarse siempre repitiendo: Allí es dónde él estaba... allí donde se crió... de allí es de dónde salió... tan jóven... para ir...

Mag. Para ir en busca de la muerte!

Sim. Dios mio, si... Desgraciadamente tenemos la evidencia, de que habrá sucumbido, por querer salvar al que le habia servido de padre!

Mag. Tal vez no se hubiese espuesto de ese modo, si tuviera la certeza de que dejaba en pos de sí una familia...

Sim. Bien puede ser... Pero podia en todo caso abandonar á su bienhechor?... No. Y si efectivamente ha perecido por quererlo defender... se ha portado como un muchacho digno y valiente... y Dios se lo tendrá en cuenta... Hé ahí lo que hay que decirse en lugar de lamentarse... de desconsolarse.

Mag. Bien lo sé, Dios mio!...

Sim. Entonces, es preciso rendirse á la razon!...

Mag. Pero tú que hablas, que te eres tan fuerte, tan razonable, y que me prohibes venir aquí... por qué vienes tú mismo, todos los dias, á cada instante?

Sim. Yo?

Mag. Sí, ayer, sin ir mas lejos... bien te ví... aquí... apoyado sobre esta ventana, y con los ojos fijos allá abajo... como yo hace poco... y llorabas.

Sim. Eso sí que no es ver...

Mag. (*en tono de reproche.*) Simon!...

Sim. (*arrastrado por la emocion.*) Pues bien, si... allí! Vengo... y como tú, no puedo vencer al deseo de asomarme, de mirar... y cuando estoy ahí... no acierto á quitarme... porque, al ver esa costa, ese campanario, y sobre todo, esas barquillas, siempre me parece que un jovencito sale de ella, se lanza... y despues, veo que todo es un desatino, pues nuestro pobre hijo... (*lloroso.*) Ya ves como tengo razon; estos recuerdos hacen demasiado daño; esas ideas... te matarian, mi pobre Magdalena; y yo quiero que vivas. (*tomándola en sus brazos.*) Lo entiendes? Quiero que ceses de afligirte... que te consueles...

Mag. Si, Simon; trataré de conseguirlo...

Sim. Es difícil... bien lo sé... Un golpe como ese... Y hay quien me cree feliz!... Porque soy rico, porque mando aquí; porque soy el dueño de este castillo y el gefe de todos!... Pues todo ese honor, esta autoridad, estos bienes, los daria gustosos, no porque nuestro hijo nos fuese devuelto, sino por poder decirme: Antes de perderle, le he tenido en mis brazos un instante... un minuto!...

Mag. Oh! si... si, Dios mio!

Sim. He podido verle, llamarle hijo mio!.. Cuán desgraciados somos!

Mag. (*calmándole.*) Vamos, Simon... serénate!

Sim. (*sobreponiéndose á su emocion.*) Sí... tienes razon!.. Reprocho tu debilidad, y no tengo mas fuerza que tú... pero, ya se acabó... De hoy en adelante, evitaremos cuanto pueda recordárnosle... Me lo prometes? En cuanto á mí, no quiero pensar mas en ello, sino para maldecir á los que han sido la causa principal de tantas desgracias... Ya estoy vengado de uno... ese Lubersac... que creia que le dejaria tranquilo, porque habia renegado de su partido, hecho traicion á sus hermanos!.. El, un republicano!.. Un patriota! Ha hecho bien en dejar el pais, porque esta vez, no hubiese errado el tiro. En cuanto al otro, espero no morir sin dejar arregladas mis cuentas con él...

Mag. Siempre esas ideas de venganza!..

Sim. Sí, siempre!.. Porque, pensar que hay en el mundo un hombre que ha sospechado de mí, que me ha acusado de una accion bochornosa... Que me ha llamado ladron... Y que lo cree... porque ha rehusado mi justificacion y creido al otro... á un infame vagamundo! Y no quieres que desee vengarme!..

Mag. Cállate, Simon... cállate!..

Sim. Y cuando pienso, que á no ser por el imbécil Pedro...

ESCENA II.

Los mismos, Pedro.

Pedro. (*con un fusil en la mano.*) Aun andamos con mi nombre á vueltas?

Sim. Sin ese maldito barbero...

Pedro. Ex... ex... ex... barbero... anterior barbero...

Sim. Ah! estás ahí?

Pedro. He depositado mi navaja de afeitar sobre el altar de la Libertad. (*mostrando su sable.*) Con esta es con lo que haré la barba á sus enemigos... ya que ese avestruz de papá Diógenes me ha hecho perder toda mi clientela, con presentarse en público mostrando su tira de tafetan inglés, y diciendo á mis parroquianos, que le he cortado media cara.

Sim. Bien, ya lo sabemos... Qué se te ofrece? Para qué ese fusil?..

Pedro. Este fusil!... Lo emplearé en la destruccion de los nobles; quiero purgar de ellos la superficie del globo y de la Normandía... Quiero instalarme de planton en medio de la corriente, terciar mi fusil, (*lo tercia.*) y á la primera persona sospechosa que aparezca... gritaré: Alto ahí! Tu cabeza! Quiero tu cabeza! En nombre de la ley, dame tu cabeza!.. (*avanzando, y haciendo demostracion de montar su fusil.*) Quieres dármela pronto... ó... No!.. No quieres?.. (*apuntando.*) Apunt!..

Mag. (*levantando el fusil.*) Quieres acabar?

Pedro. Bien puede darte gracias, ciudadana; á no haber sido por tí, lo hubiera fusilado...

Sim. Has venido para decirme esas simplezas?

Pedro. No; es el padre Guillermo... el cerrajero... á quien has hecho llamar... Ha llegado con su aprendiz, y pregunta lo que hay que hacer.

Sim. Voy á decírselo; primero es menester poner cerraduras á las hojas de esta ventana. (*vá á mirar.*) Las visagras están todavía en buen estado.

Pedro. Sí, pero las hojas de la puerta?..

Sim. Se compondrán, como he dicho; y una vez colocada, se condenará esta ventana.

Pedro. Qué barbaridad! La vista mas hermosa del castillo!...

Sim. Será así; pero los fosos están secos; podrian bajar á ellos... y penetrar por aquí.... Voy á enviarte el cerrajero... Vamos, Magdalena... (*se dirigen hácia la puerta de salida. Se oye un grito fuera. Se detienen.*)

Pedro. Qué?..

Sim. Es singular!... Me habia parecido oir un grito del lado de los fosos...

Pedro. Un grito?... Serán tal vez las ranas.

Sim. Necio! No ves que no hay agua?

Pedro. Entonces... será tu perro... que se aburre de estar amarrado.

Sim. Puede ser, pero en este momento, hubiese apostado...

Mag. (Yo tambien!)

Sim. (*que trata de ver por fuera.*) No, nada se vé. La noche se nos viene encima; voy á hacer una ronda con algunos hombres... (*á Magdalena.*) Entre tanto, pondrás la mesa para cenar... y tan luego como se marche Guillermo, cerrarás todo.

Mag. (*con los ojos vueltos hácia la ventana.*) Está bien.

Sim. (*con dulzura.*) Vamos, Magdalena. (*tomándole la mano.*) Un poco de valor! Sabes que me lo has prometido...

Mag. Si, Simon.

Sim. (*pasando el brazo alrededor del talle de Magdalena.*) Ven, pobre mujer, ven!... (*salen.*)

ESCENA III.

Pedro, *despues* Guillermo, Lubersac.

Pedro. Eso es; ahora se torna dulce y apacible!... Qué carácter tan destemplado!... Nunca se sabe cómo acertar con él; hay momentos en que sus ojos se inflaman, sus cabellos se herizan... ruje como un leon... devoraria un hombre, diez hombres... despues... en otros momentos, es un corderito... adelanta uno su mano para tomarle la suya... y, zape! lo que empuñais es una garra, una horrible garra...

Guill. Aquí es, me parece. (*Lubersac, disfrazado, le acompaña.*)

Pedro. Ah! el padre Guillermo!... Sí, aquí es... para arreglar las hojas de esta ventana.

Guill. Y poner cerrojos y barras á las puertas de la galería... segun me ha dicho el ciudadano Simon. (*abre la puerta del gabinete.*)

Pedro. (*mostrando á Lubersac.*) Di, padre Guillermo, dónde diablos se ha metido vuestro aprendiz?... Ha tomado un baño de carbon?

Guill. Es que viene de forjar.

Pedro. Eso será... Emplearéis mucho tiempo?

Guill. Hombre! Tenemos que tomar nuestras medidas...

Pedro. Entonces, cuando hayais acabado, prevendreis á la ciudadana Simon, para que venga á cerrar aquí... Yo voy á dar la pitanza á este chiquito. (*señalando á su fusil.*) El pobrecillo tiene hambre, y voy á regalarle copiosamente... Y despues, ay! de los nobles!... (*á Lubersac, que examinaba el salon, y que llevaba la mano sobre la piedra de la chimenea.*) Oyes tú! Quita esas manazas! Eso no se toca... ó se pone uno guantes. (*á si mismo.*) Si siquiera tuviese tan buen color como mi negro Todos Santos, á quien quise hacer mulato en Santo Domingo, y que me costó mas de cien escudos de jabon y repaso de las navajas, sin poder conseguir aclarárselo!... Hasta la vista, padre Guillermo!... (*se vá haciendo el ejercicio.*) Tercien... n... arm!... Preparen... n... arm!...

ESCENA IV.

Guillermo, Lubersac.

Guill. Vamos á cuentas los dos. Me habeis pedido, que os avisase la primera vez que tuviera que trabajar en el castillo... Asi lo he hecho; despues, que os trajese conmigo... Ya estamos aquí.

Lub. No tengas cuidado; tendrás lo prometido. (*está disfrazado de aprendiz de cerrajero y con la cara tiznada.*)

Guill. Cuándo?

Lub. En este momento.

Guill. En hora buena!... porque... Si os conociese siquiera!...

Lub. Es inútil.

Guill. Mas como hace tan poco que os establecísteis en el lugar...

Lub. (*buscando en su bolsillo.*) En pagándote!...

Guill. (*tendiendo la mano.*) Es justo. (Vamos á ver si es lo que sospecho.)

Lub. (*dándole oro.*) Toma!

Guill. Oro!... Luises de oro!... Lo hubiese apostado!... (*saludando á Lubersac.*) Muchas gracias, señor noble!

Lub. Hem?

Guill. Oh! sois uno de ellos... Y hé aquí la prueba... No existe de este precioso numerario, sino entre los vuestros, desde que le han reemplazado con pedazos de papel... que llaman asignados!...

Lub. (*que se ha aproximado á la consola.*) (Apoyando sobre el centro de la tapa de la consola, dijo... (*apoya.*) Cede... eso es!)

Guill. Hem?.. Qué haceis?..

Lub. Nada... examino.

Guill. Vamos claros: vos sois uno de los antiguos propietarios de este castillo... y quereis ver el estado en que se conserva

Lub. Precisamente... Por ahora, puedes dejarme...

Guill. Dejaros aquí?.. No habeis oido que la ciudadana vá á volver...

Lub. (*reflexionando.*) Es cierto!...

Guill. Y además, se ha convenido que os introduciria... Mas...

Lub. (*dándole aun algunos luises.*) Pues bien, aquí tienes para que me dejes en el parque, y te calles.

Guill. Oh! no hay peligro!.. Maldito si iré á decir, que he traido en mi compañía á un príncipe... (*va á tomar medida de la ventana.*)

Lub. Dáte priesa... (*á si mismo.*) Eso es... quedando oculto en el parque... y esperando que llegue la noche... encontraré medio...

Guill. Hé aquí lo que hay que hacer para la ventana... Ahora, á las puertas de la galería.

Lub. Y saldremos por allí.

Guill. (*sorprendido.*) Calle! Sabeis?..

Lub. Si... dá sobre el parque. (No dando mas que una vuelta á la llave... me será fácil...) (*escuchando.*) Hem?

Guill. (*á si mismo.*) De fijo, es el antiguo propietario.

Lub. (*vivamente.*) Alguien viene... Salgamos!.. (*le lleva á remolque por la puerta de la galería; en el mismo instante Luciano aparece por el fondo. Es de noche.*)

ESCENA V.

Luciano *solo.*

Luc. (*solo, en traje de marinero. Está pálido, sus vestidos en desórden y cubierto de polvo; apoyándose sobre la puerta, y mirando fuera.*) Ya no se oye nada... Se alejan! No me han visto... (*entra y se deja caer sobre una silla, como rendido de fatiga.*) Por un momento he creido ser descubierto por esos hombres!.. He dudado... He temblado... No por mí... que nada me importa!.. Pero ser preso antes de socorrerlos!.. Dejarlos en el desamparo en que han quedado, cuando estaban enfermos, y sin otro apoyo que el mio! Sin embargo, no podia confiarles mi proyecto; era hacerles creer en una espe-

ranza, que quizás no se realice. Sí, hice bien en dejarles ignorar... Si consigo mi objeto, mañana les llevaré ese tesoro, que debe hacer su felicidad. Mañana, estarán lejos de sus enemigos... (*tristemente.*) Y lejos tambien de mí.

MAG. (*fuera.*) Sí, voy al instante!

LUC. Cielos! Vienen de este lado!

ESCENA VI.

LUCIANO, MAGDALENA.

MAG. (*entrando y hablando muy fuerte.*) La ventana tambien, no tengas cuidado. (*va hácia la ventana y apercibe á Luciano. Asustada.*) Ah!

LUC. Silencio!

MAG. (*llamando.*) Simon!

LUC. No llameis, por favor!

MAG. (*mas asustada.*) Dios mio! (*trata de ganar la puerta.*)

LUC. Oh! quedaos... no temais nada de mí.

MAG. (*examinandole.*) Vamos, no parece muy peligroso... (*viéndole vacilar y apoyarse en una silla.*) Y bien, qué teneis?

LUC. (*cayendo sobre un sillon.*) El cansancio, la debilidad... y despues, esta caida que he dado...

MAG. Cómo! Seríais vos el que ahora poco...

LUC. Sí.

MAG. Cuando yo decia que sucederia alguna desgracia! Los que no saben... Habeis escapado de una buena!.. Si os hubiese visto mi marido, habria llamado á los otros, y Dios sabe... (*viéndole palidecer.*) Vírgen Santa! Vais á desmayaros? Estais herido?

LUC. No señora.

MAG. Por desgracia nada tengo que daros. Pero seguidme, y os daré un vaso de sidra, ó dos dedos de aguardiente, y eso os repondrá.

LUC. (*vivamente.*) Oh! no, os doy gracias.

MAG. Es verdad... Olvidaba lo que decíais ahora poco, cuando entré... Temeis que os vean?

LUC. (Qué le diré?)

MAG. Y bien?

LUC. (*con precaucion.*) Pues bien... sí... Vos me felicitábais de no haber sido visto por vuestro marido.... Y ahora, no querreis perderme.... entregarme.

MAG. Ciertamente que no; pero quién sois? De dónde venís? Ah! esos barcos ingleses que se han visto...

LUC. (*vivamente.*) Si, eso es!

MAG. Venis de Inglaterra?.. Ya lo decia yo, vuestro modo de hablar y esas maneras...

LUC. Silencio!

MAG. Un emigrado!..

LUC. Chit!.. Habiendo desembarcado cerca de aquí, hace una hora, esperaba, gracias á estos vestidos y á favor de la noche, ganar los alrededores de Bayeus, donde tengo amigos y parientes, cuya ausencia no puedo sospechar.

MAG. (*con interés.*) Pobre jóven!.. Es ciertamente por eso, por lo que?.. No es, por el contrario, para reuniros con los que nos hacen la guerra?

LUC. Oh! no, os lo juro!

MAG. Enhorabuena! De otro modo... no os entregaria, oh! no, Dios me libre! Pero os diria: Salid inmediatamente, porque mi marido... caramba! Simon no se para en contemplaciones con sus enemigos!.. Veis, á pesar de vuestras intenciones, que nada tienen de culpables... porque, en fin, ver á su familia, á su madre, tal vez... Pero Simon tiene sobre eso otras ideas que yo, y solo al nombre de emigrado... de Inglaterra, sobre todo, seria capaz de hacer una atrocidad... Así, ved si estais en estado de continuar vuestro camino...

LUC. Imposible! Además he visto cerca de aquí muchos hombres armados... Y si he tratado de franquear los fosos, ha sido por evitar que me descubriesen... No me seria posible pasar la noche en alguna parte deshabitada del castillo?

MAG. Si tal; no es sitio lo que nos falta; nosotros ocupamos el otro lado, y vos podreis permanecer...

LUC. Pero si vuestro marido!...

MAG. No hay miedo de que ponga los pies en este salon.

LUC. Ah! ese es... (Si fuese aquí!) (*examina la sala.*)

MAG. Tambien podria ocultaros en la granja... ó en el palomar... de donde podríais salir mas fácilmente.

LUC. (Esta ventana... y á la derecha la consola.)

MAG. Sí, mirad, decididamente vale mas esta!..

LUC. (Eso es!.. A cualquier precio, es menester que me quede aquí.)

MAG. (*que miraba y escuchaba en la ventana.*) Todas nuestras gentes han ido á hacer una ronda por los contornos... venid...

LUC. Con mucho gusto! (*fingiendo no poder andar.*) Ah!..

MAG. Qué es eso?..

LUC. Un dolor tan agudo... no podré...

MAG. Os habeis dislocado el pié al caer?..

LUC. Lo temo...

MAG. Cojeos de mi brazo...

LUC. (*dando un paso, y sentándose de nuevo.*) Ah! no puedo... Gracias por tanta bondad!.. Prefiero quedarme aquí... Algunas horas de descanso disiparán este dolor, y mi fatiga!

SIM. (*fuera.*) Magdalena!..

MAG. Cielos!.. es Simon! (*respondiendo.*) Aquí estoy... Qué hacer, Dios mio?..

ESCENA VII.

Los mismos, SIMON.

SIM. Y bien, acabarás de cerrar este salon?

MAG. (*turbada.*) Ya he acabado....

SIM. La cena nos espera; despachémonos! (*viendo á Luciano.*) Calla! no estás sola?..

MAG. No... por eso es... por lo que...

LUC. (*que ha permanecido sentado.*) Salud, ciudadano; dispensa que me haya tomado la libertad de entrar en tu casa... pero un accidente...

SIM. Ah!

MAG. Sí... se ha herido... al...

LUC. Al caer...

MAG. En los fosos... Ya sabes, ahora poco... aquel grito... No te equivocaste, no.

SIM. (*á Luciano.*) Eras tú?..

LUC. Sí, ciudadano!..

SIM. (*con desconfianza.*) Y cómo es que te encontrabas en ese sitio?

LUC. Iba á Cherbourg, para embarcarme en los buques cruceros.... Habiéndome sorprendido la noche, y temiendo estraviarme antes de llegar á la aldea de Gre... Pre... una cosa así...

SIM. De Breval...

LUC. Si... eso es lo que me han dicho... he querido preguntar mi camino...

MAG. Se aproximó demasiado, y entonces...

Sim. Por qué no has pedido auxilio?

Luc. Quedé tan aturdido del golpe!...

Mag. Segun dice, se desmayó.

Luc. Vuelto en mí, sentí gente y ruido por este lado, y me he arrastrado hasta aquí.

Mag. Y en qué estado, ya lo vés!

Sim. (*tranquilizando y sonriendo.*) Sí, no le vendria mal una mano de cepillo!

Mag. Una copa de sidra, sobre todo, y un plato de sopa...

Sim. Justamente, eso le repondrá; ven...

Mag. Sí, ven, si no puede moverse...

Sim. Es tan grave la dislocacion? Déjame ver... avisaré á la aldea...

Luc. No hay necesidad... gracias!.. El reposo bastará... Y si me permites que pase aquí la noche...

Sim. Aquí! No hay inconveniente. (*á Magdalena.*) Manda que le arreglen esa otra habitacion.

Mag. Al momento. Pero se hace tarde... Ven á cenar, y yo le traeré...

Sim. Para qué? Puesto que el ciudadano marinero no puede venir á cenar con nosotros, cenaremos aquí... con él...

Mag. Aquí!.. Pues no querias... (*señala la ventana.*)

Sim. A esta hora!.. Cuando no se distingue un alma á veinte pasos?.. Ya no hay peligro... Llama á Pedro para que te ayude, en tanto yo, aproximo esta mesa. El camarada tiene priesa de descansar, y yo de ir á ver si mis hombres están en sus puestos!... (*Magdalena sale por el fondo.*)

ESCENA VIII.

Simon, Luciano.

Luc. (*á Simon, que va á buscar la mesa.*) Siento tanto la molestia que os estoy ocasionando...

Sim. (*vivamente, mirándole.*) Hem?... Os estoy?...

Luc. (*rectificándose, y apoyando.*) Si, á tí y á tu mujer!

Sim. Bah!... molestia!... Conque vas á embarcarte á Cherbourg... para dar caza á esos traidores...

Luc. (*evitando responder.*) Cuánto queda todavia desde aquí?...

Sim. Una veintena de leguas, poco mas ó menos...

Luc. (*lo mismo.*) Crees tú, ciudadano, que el camino sea seguro?

Sim. El camino?... (Cualquiera diria que quiere evitar el responderme...)

ESCENA IX.

Los mismos, Magdalena, Pedro.

Mag. Aquí está ya! (*gritando, cuando Pedro entra con las luces.*) Adelante, Pedro!...

Pedro. (*trayendo platos y una torta de pan, y teniendo siempre su fusil.*) Si, ciudadana. Es que el corredor está tan oscuro!

Luc. (Esta voz!... (*reconociendo á Pedro.*) Diablo!) (*se vuelve y evita las miradas de Pedro.*)

Pedro. Hélo aquí!... (*á Luciano*) Ah! ciudadano buenas noches!... (*á Magdalena.*) Es el que... (*á Luciano.*) Te duele mucho la dislocacion, ciudadano?...

Sim. Qué te importa eso?

Pedro. Es que tengo un famoso remedio... Se hace hervir un puñado de ortigas con...

Mag. Y los vasos, dónde estan?

Pedro. Los vasos?... Aguardad... (*busca en los bolsillos de su chupa y cambia el fusil á la otra mano.*) No hay nada mejor; es un remedio soberano... Se hace hervir...

Sim. Despáchate, charlatan... Y deja un momento tu fusil...

Mag. Ponlo en el suelo...

Pedro. En el suelo!.. Un guerrero no abate nunca sus armas! (*dando los vasos.*) Aquí están... (*á Magdalena.*) (Dime, es mudo el marinero?)

Sim. (*que ha colocado las sillas.*) A la mesa!...

Pedro. Puedo volverme á mi puesto?...

Mag. No cenas con nosotros?...

Pedro. Cenar?... Se cena acaso cuando se está de servicio?

Sim. Bien dicho, muchacho!... Buena guardia!... A tu puesto!

Mag. No tomas nada?

Pedro. Yo no muerdo mas que cartuchos... (*presentando un enorme pedazo de pan que ha sacado de su bolsillo.*) Ponedme una lonja de tocino aquí encima... (*Simon va á servirle.*) No, tú no, la ciudadana. Ella dá mas... Gracias... Calle! Es singular! Yo he afeitado una barba parecida á esa en alguna parte! Ahora, fijo é inmovil hasta la salida del sol... Y al menor ruido... pum... (*apunta con su fusil.*) Le doy al gatillo...

Sim. Has cargado el fusil?...

Pedro. Que si está cargado?... Tres balas, y cinco perdigones; plomo chico, y plomo gordo.

Sim. No le has puesto alguna bomba?

Pedro. (*sencillamente.*) Bombas?... no... (*comprendiendo.*) Bombas!... (*riendo.*) Ah! Ah!... (*ingénuamente.*) y por dónde habia de meterlas!... Al hombro... arms... (*se va tarareando. Trata de abrir la puerta, sale.*)

ESCENA X.

Simon, Magdalena, Luciano.

Mag. (*á Luciano, que come.*) Qué tal? Eso entona; te reanima, no es verdad, ciudadano?

Luc. Sí; mi sangre vá entrando en circulacion.

Mag. Un vaso de sidra, y acabará de entonarte.

Luc. (*tendiendo el vaso á Simon, que tiene el jarro.*) Con mucho gusto!

Sim. (*deteniéndose en el momento de vaciar.*) Te prevengo que es un poco fuerte...

Luc. No importa, echa; siempre será bastante buena para un pobre diablo, marinero como yo...

Sim. Tienes razon; olvidaba... Conque vas á embarcarte en los buques cruceros!.. Si es verdad lo que se dice, ya teneis faena...

Luc. Qué se dice?...

Sim. Que se estan preparando allá abajo... en Inglaterra; intentan un desembarco por aquí...

Luc. Eso será difícil; la costa está bien guardada.

Sim. Ola! has reparado en eso?..

Luc. Y despues, arriesgar la cabeza, para ver, qué? Sus bienes saqueados... Sus castillos, de que no quedan apenas sino las cuatro paredes... Porque, sabes tú, ciudadano, una cosa que me admira?..

Sim. Qué?

Luc. Que este se mantenga en tan buen estado. (*mirando alrededor de sí.*) No es verdad?.. Diríase que apenas se ha entrado en él... Está tan bien conservado!..

Sim. Sí, todo está en su puesto; pero el dia en que los otros quieran entrar en él... (*movimiento de Luciano.*) Sí, ya lo han intentado... (*observando á

Luciano.) Y precisamente, no hace mucho tiempo, que han sido sorprendidos algunos emisarios estudiando el pais...

LUC. De veras?..

SIM. No les arriendo la ganancia á los que he podido coger; los he depositado en buenas manos; porque tengo menos conmiseracion á esos individuos, que á los que cogiese apuntándome con un fusil... A estos los perdonaria si se baten con valor... pero á los espias... (*pegando sobre la mesa.*) Rayos y truenos!

MAG. Ten cuidado, que vas á derribarlo todo!..

SIM. Si... los destruiria!..

LUC. Lo comprendo perfectamente... (*con frialdad.*) y soy de la misma opinion que tú.

SIM. (*sorprendido.*) Cómo!

LUC. Te sorprende acaso?

SIM Yo? Nada de eso!.. Los buenos patriotas como nosotros... A tu salud!..

LUC. A la tuya!

SIM. Por los amigos de la libertad! Por los defensores de los derechos del pueblo!..

LUC. A su salud!

SIM. Es de corazon!..

LUC. Con toda mi alma! (*beben.*)

SIM. (Ese aire tan franco!.. Si me habré equivocado...)

LUC. Añadiré mas: Por la felicidad de la Francia... por el triunfo de la noble causa que sostiene... por la gloria de sus armas!..

SIM. Bravo, muchacho! Y sobre todo, bien dicho! Peste! Sabes, ciudadano, que me estás haciendo pasar un rato muy agradable? Mas, para triunfar de nuestros enemigos, no bastan las palabras... Por las obras es por lo que se conocen!.. Hay tantos traidores!..

MAG. Pero no entre nosotros, á lo menos!..

SIM. Te parece á tí!..

MAG. Ya se vé que sí...

LUC. Los conocerias tú?..

SIM. Tal vez!..

MAG. En el pais?

SIM. Puede ser... Pero vivimos alerta, y se les sigue la pista por todas partes. (*á Luciano, que parece turbado.*) Qué tienes?..

MAG. Echale de beber; le dejas sofocar! Y sabiendo que está cansado, que tiene necesidad de dormir, te entretienes en hablar de política.

SIM. Tienes razon... el último vaso...A tu salud. (*Magdalena le sirve.*)

LUC. A la tuya! (*á Magdalena.*) Ciudadana, te saludo!... (*con espresion.*) y te doy gracias.

SIM. (*vivamente.*) De qué?

MAG. Toma! De que haya llenado su vaso!

SIM. (*á sí mismo, y examinando á Luciano.*) (Vamos, no es posible!... Debo haberme equivocado!... Esa fisonomía sin inmutarse!,.. Su tono firme y resuelto!... Y despues, un no sé qué en su voz... En su mirada... que me... Además, no es esta la edad en que se tiene astucia.. en que se hace traicion... (*á Luciano.*) Qué edad tienes?...

LUC. Veinte años, ciudadano.

SIM. (*precipitadamente.*) Veinte años!... (*mira á Magdalena, que se ha estremecido. Los dos guardan silencio un instante. Magdalena vuelve la cabeza para ocultar sus lágrimas.*) La misma que él!...

MAG. (La misma que tendria mi pobre hijo!...)

SIM. (*muy conmovido.*) (Y pensar que podria estar ahí... Sentado, como él, entre los dos! (*mirando á Luciano.*) Y que seria tan buen chico como este!... (*pasándose la mano por los ojos.*) Ah! mil...)

LUC. (*mirándolos*) Qué teneis?...

SIM. Nosotros? Nada... nada... (*tendiéndole la mano.*) Toca ahí... Al encontrarte aquí, me vino al pronto una mala idea. (*movimiento de Luciano.*) Qué quieres! En estos tiempos, hay que desconfiar de todo el mundo... Pero, eso pasó... y como dice muy bien mi mujer... tienes necesidad de descanso... (*levantándose.*) Se hace tarde... Vamos á dejarte... Encontrarás ahí, en esa habitacion, una buena cama... Y mañana por la mañana, antes de ponerte en camino, almorzarás con nosotros... (*movimiento de Luciano.*) Si, si... (*con espresion.*) Quiero verte otra vez... y mi mujer tambien! No es cierto, mujer?... Tendremos un placer en ello...

MAG. (*que no ha cesado de tener los ojos fijos en Luciano.*) Seguramente!..

SIM. Así pues... hasta la vista, mi jóven camarada... (*le da la mano.*) Hasta mañana!..

LUC. Hasta mañana...

MAG. (*que ha ido á abrir la puerta de la habitacion.*) Buenas noches, ciudadano...

LUC. (*con espresion.*) Mil gracias, ciudadana .. (*entra en la habitacion.*)

SIM. (*que está ya en el vestíbulo.*) Mujer, vamos!..

MAG. Ya voy!... (*sale cerrando la puerta del fondo; queda á oscuras.*)

ESCENA XI.

LUBERSAC *solo.*

LUB. (*entreabriendo la puerta de la galería con precaucion y mirando.*) Que Satanás los confunda!... Ese imbécil de Pedro me ha cortado la retirada con haber cerrado la puerta de la galería... (*yendo á la ventana.*) Si no fuera por esa maldita luna, ensayaria... pero pueden verme... Y el otro que se jactaba de tirar al menor ruido que oyese!... En fin... allá veremos... Empecemos por apoderarnos del precioso depósito... Ochocientas mil líbras!.. Una fortuna tan grande, bien merece la pena de esponerse un poco... Además, no son bienes de familia?.. Mejor derecho tengo á ellos, que ese grosero patan!.. Hé aquí la consola; hácia la derecha de la ventana... está la ensambladura. (*apoya la mano sobre la tapa de la consola y se abre.*) Bien!.. (*introduce el brazo por la abertura.*) Ahora, veamos... (*ruido en la habitacion y se detiene asustado.*) Diablo!.. (*escuchando.*) Me pareció oir de este lado... Pero no; el cerrajero me decia no hace mucho, que esta parte del castillo está deshabitada. (*busca en el fondo de la consola.*) Sin duda es esto... (*saca un cofrecito.*) Un cofrecito!.. (*examinándolo á la claridad de la luna.*) Sí... aquí es donde vi que el conde encerraba su capital! Al fin!... rico!... Millonario á mi vez!... Ahora, veamos cómo salir de aquí... La luna va á ocultarse tras una nube... Así arriesgaré menos el ser visto... y una vez fuera del castillo... (*Luciano abre la puerta; Lubersac se detiene al ruido, y escucha.*) Hem?... Otra vez!.. De ese lado... Una puerta se abre!.. Mil rayos!.. Me habrán oido?.. (*se retira al gabinete.*)

ESCENA XII.

LUBERSAC, LUCIANO.

LUC. Ya estarán todos acostados! El mas profundo si-

lencio reina fuera y dentro del castillo... Apresurémonos... (*se dirige hácia la chimenea.*)

Lub. (*volviendo á aparecer á la puerta del gabinete.*) Un hombre! (*viendo á Luciano buscar hácia la chimenea.*) Qué hace?..

Luc. Debe ser por aquí... (*buscando llega á la consola.*)

Lub. Cómo! Tambien él! A buena ocasion!..

Luc. (*que ha encontrado la abertura de la consola.*) No me engaño!.. Esta consola, cerrada no hace un momento... la han abierto!.. Gran Dios! hé aquí las sospechas de que hablaba Simon... Habrá adivinado mi designio? (*busca.*) No, no... (*busca apresuradamente.*) Dios mio! De ese otro lado, tal vez; (*con desesperacion.*) Nada!... Ah!... el miserable!...

ESCENA XIII.

Los mismos, Simon, Magdalena, *despues* Pedro *y* Milicianos.

Sim. (*fuera.*) Yo te digo que sí!.. (*abriendo bruscamente la puerta, y entrando con una linterna; se ilumina.*) Pedro y sus hombres lo han visto entrar por la puerta de la galería. (*viendo á Luciano.*) Ves? Mira!

Mag. Cielos!..

Sim. (*á Luciano, que se ha colocado cerca de la ventana.*) Qué haces ahí?

Luc. Está la noche tan hermosa!..

Sim. Es cierto, muy hermosa! Y seria la causa de que has vuelto al jardin... para continuar tus observaciones, que mis hombres acaban de estorbar en este momento.

Luc. Qué quieres decir?

Sim. Vas á saberlo... (*llamando al fondo.*) Aquí, muchachos!.. (*cierra la ventana.*)

Pedro. (*apareciendo al fondo con algunos hombres.*) Hénos aquí! Presente!.. Dónde está?.. (*apuntando á Luciano.*) Ah! tunante!.. si te mueves!..

Sim. (*levantando el fusil.*) Alto ahí; deja que le interrogue.

Luc. Me esplicareis, ciudadano, lo que esto significa?..

Pedro. Calla!.. (*toma la linterna y la vuelve hácia Luciano.*) Pues sí! El es!

Sim. (*arrancándole la linterna.*) Silencio!..

Pedro. Pues sí es...

Sim. Silencio, te digo! (*se sienta á la mesa, que le han colocado en medio; saca del bolsillo papel y un tintero.*) Primeramente, tu cédula de seguridad?

Pedro. Vamos, vivo... tu... (*le amenaza.*)

Sim. (*á Luciano.*) Es inútil que la busques; no la tienes. Y tu nombre... apellido y... cualidades?.. Veamos... eso debes tenerlo?..

Pedro. (*lo mismo.*) Al avio, ó sino...

Sim. No esperes engañarnos... eres un ex-noble.

Luc. Yo!..

Pedro. Sí, tu, te reconozco. Tu eres quien...

Sim. Qué has venido á hacer aquí?

Luc. Bien lo sabes... ya te lo he dicho.

Sim. (*bruscamente.*) Has mentido! Tú no eres marinero, no te has herido al caer en los fosos del castillo... Eso ha sido un ardid para penetrar aquí.

Luc. No hay tal!

Sim. Venias á espiar.

Luc. Yo?.. Jamás!..

Mag. Un espia!.. Él!... Eso no es posible... No es cierto!

Sim. Cállate!..

Mag. (*con fuerza.*) Responderia por él.

Luc. Y tendrias razon, ciudadana.

Mag. Venia de Inglaterra para ver á su familia.

Pedro. Crees eso?.. Esponerse á perecer...

Sim. (*que escribia.*) Callarás?.. (*á Luciano.*) Es efectivamente para eso?

Luc. Sin duda.

Sim. Entonces, por qué introducirte aquí?.. Hacernos creer que estabas herido?

Luc. Yo... sí...

Sim. (*con vehemencia.*) Tú mientes!... Eres un traidor!

Luc. Todavía!.. Esto es demasiado!

Pedro. (*deteniéndolo.*) No hay que hacer gestos! Respeto y deferencia á la autoridad.

Sim. Pruébame lo contrario.

Luc. Sí, tienes razon; he venido aquí...

Todos. Ah!

Luc. (*á Magdalena.*) Perdóname, ciudadana, te he engañado. (*movimiento de Magdalena.*) Pero no podia decirte la verdad. Se trataba de un secreto que no me pertenece. La empresa que he intentado llevar á cabo, ha fracasado; he caido en vuestras manos... haced de mí lo que querais...

Sim. Eso lo decidirá mañana el tribunal...

Luc. Un tribunal de verdugos, tal vez como tú... sí, tales como tú, rentero infiel. (*movimiento de Simon.*) Perseguidor de tus antiguos amos, á quienes he visto abatidos por el hambre y la miseria. El noble conde de Breval y su hija, se encuentran sin abrigo, sin pan, en tanto que tú, te apoderas de sus bienes.

Sim. La patria me los ha dado en pago de mis servicios.

Luc. Tus servicios! Te atreves á hablar de ellos! El conde me ha enseñado á conocerte, rentero Simon!... Y, si aun no fuese bastante apropiarte sus dominios, acabas de sustraer el tesoro oculto por él.

Sim. Un tesoro!

Luc. Sí, las ochocientas mil libras ocultas aquí por el señor de Breval... ochocientas mil libras que tú, le has robado hoy, como lo hiciste en otro tiempo...

Sim. (*levantándose con furor, y derribando el sillon.*) Maldicion!

Mag. (*lanzándose á él, y enlazándole con sus brazos.*) Simon... esposo mio, yo te lo suplico!

Sim. Pero no oyes lo que dice el conde de mí? Todos lo creerán!... (*enjugando su frente, cubierta de sudor.*) Luego tú que me acusas, sabias que esta suma estaba aquí? Y con qué derecho vienes á mi casa? Porque estoy en mi casa, y ese dinero me pertenece.

Luc. Como todo lo demás!... Queria devolverlo á su verdadero dueño.

Sim. Quién puede asegurarme...

Luc. Supondrias tal vez...

Sim. No crees tú que yo he robado?

Luc. Ah! es que tú...

Sim. Desdichado! (*quiere lanzarse á él; Magdalena le contiene.*)

Mag. (*á Luciano.*) Callaos, caballero! No sabeis el hombre á quien insultais!

Sim. (*conteniéndose.*) Acabemos!... Supuesto soy el mas fuerte, el que mando aquí, debo dar ejemplo de moderacion! Aun cuando me has ultrajado, no

olvidaré que soy tu juez. Has dicho hace un instante, que acabas de ver al conde?

Pedro. Pardiez! Como que él fué quien nos le quitó allá bajo...

Sim. Cómo! Era él!..

Pedro. Sí...

Luc. Es cierto.

Sim. Luego eres tú, quien ha favorecido la fuga del que yo perseguia... cuando estaba á punto de cojerlo!.. Tú le has salvado!.. Entonces, sabes dónde está?... Vas á decírmelo...

Luc. Yo!

Sim. Sí, tú!.. Habla... Piensa que puedo hacerte fusilar en el instante...

Luc. (*cruzándose de brazos.*) Hacerme fusilar, si... pero hacerme hablar...

Sim. (*irritándose.*) Pues bien... (*Magdalena los contiene.*)

Pedro. Qué obstinado!

Mag. Simon, maltratar á un hombre desarmado, indefenso!..

Sim. Tienes razon; al tribunal es á quien corresponde pronunciar... (*mirando su reloj.*) Dentro de dos horas, que todo esté listo para conducirle á Granville...

Mag. A Granville!... Simon, eso es conducirle á la muerte!...

Sim. No es cuenta mia! (*á Luciano.*) Ya lo oyes... Te quedan dos horas para reflexionar... Pasadas estas, si persistes en tu silencio... tan cierto como me llamo Simon... A las ocho estarás en Granville, y á las nueve... serás fusilado como espia...

Pedro. Tómate esa!..

Sim. (*que ha abierto la puerta de la habitacion.*) Entra ahí!...

Pedro. (*empujando á Luciano.*) Arrrch!... (*Luciano hace un gesto de cólera; Pedro retrocede asustado, despues cala la bayoneta.*) Arrrch!... te digo!... (*Luciano le echa una mirada de desprecio, y entra en la habitacion.*)

Sim. (*cerrando la puerta, y quitando la llave, que se mete en el bolsillo.*) Y vosotros, seguidme!... Voy á relevar los centinelas, y á designar de entre vosotros, los que han de ir á Granville. Vamos, Magdalena!

Mag. (*que reflexionaba, mirando á la habitacion.*) Está bien, ya te sigo... (*llevándose la linterna, sale por el fondo. Queda á oscuras.*)

ESCENA XIV.

Lubersac, *despues* Magdalena.

Lub. Al fin se fueron!... Apenas respiro!... Si me hubiesen descubierto, estaba perdido. (*escucha.*) Se alejan... El dia no tardará en venir. Es indispensable salir del castillo á toda costa!... Otra vez ruido... (*vuelve á la entrada del gabinete y recoge la arquilla que habia depositado allí; la puerta del fondo se abre, Magdalena entra, Lubersac se detiene.*)

Mag. Ya están lejos!...

Lub. (Es Magdalena!)

Mag. (*temblando.*) Dios mio!.. Bien sé que hago mal en desobedecer á Simon... Pero no sé lo que siento... La idea de que ese jóven se encuentra en peligro de muerte!... Perecer así... á los veinte años!... (*suspirando.*) Veinte años!... Y su pobre madre, que tal vez no tenga otro hijo mas que él... (*solloza.*) No, no quiero que lo maten... no lo matarán... (*tratando de coordinar sus ideas.*) Pero cómo hacer para libertarlo de sus manos, para hacerle salir de aquí! Si en ese manojo de llaves, en el llavero que contiene las dobles del castillo estuviese la de esa habitacion, me seria fácil abrir esa puerta... Pero yo no sé dónde lo he visto... no hace todavía muchas horas... Ya se vé, cuando no se necesita una cosa... se piensa en ella por ventura?...

Lub. (*con impaciencia y cólera.*) (Esta mujer!... No acabará de irse?...)

Mag. (*acordándose.*) Ah! si... me parece... creo haberlas visto colgadas, allá bajo!.. Ah! siempre que no me equivoque!... Dios mio, ampárame!.. (*se lanza á la galeria y desaparece.*)

Lub. Gracias á Dios!.. (*ha puesto la arquilla en un pañuelo; atraviesa rápidamente la escena, vá á la ventana y mira.*) Diablo!... quince pies lo menos!.. Y la probabilidad de bajar otros diez mas, si no alcanzo al borde del foso... Bah!... (*se monta en la ventana.*) No teniendo otra eleccion de camino, todavía me puedo dar por contento con tener este... (*toma con los dientes el pañuelo que contiene la arquilla y baja.*)

Mag. (*volviendo á entrar vivamente con el manojo de llaves.*) Hélas aquí!... Pero cómo averiguar, entre todas estas la que me hace falta?... De todos modos, probemos. (*prueba una llave.*) No... no es esta...

Luc. (*fuera.*) Quién está ahí?

Mag. (*probando sucesivamente otras.*) Chit!... soy yo!...

Luc. Quién sois vos?...

Mag. Mas bajo... en nombre del cielo!... Yo, Magdalena!... (*con pesar.*) Dios mio, tampoco son estas, y el tiempo vuela!

Luc. Qué me quereis!...

Mag. Vengo á salvaros! (*á sí misma.*) No puedo... me tiembla tanto la mano!... (*haciendo entrar una llave.*) Sí, creo que es esta... (*vuelve la llave.*) Sí, sí... (*abre vivamente la puerta.*) Salid, salid...

ESCENA XV.

Magdalena, Luciano.

Luc. (*entrando.*) Ciudadana!...

Mag. Oh! no me deis gracias... huid; no teneis un momento que perder... Ved, casi es de dia. Simon vá á volver... huid!..

Luc. Habeis pensado en ello, ciudadana?... Si esos hombres llegasen á sospechar... (*movimiento de Magdalena.*) Os digo que no... Os habeis espuesto demasiado por mí!...

Mag. Qué me importa!...

Luc. Conozco el rigor de la ley; llegareis á ser víctima de vuestra generosidad.

Mag. No se trata de mí... Además, por mucha que sea la ira de Simon, no me matará... En tanto que vos... si os llegasen á conducir á Granville... moriríais, de seguro... En nombre de vuestra madre, huid!..

Luc. Mi madre!.. (*con dolor y con voz ahogada.*) Yo no la tengo!

Mag. Ah!.. Pues bien, pensad en los que os aman... en los que amais...

Luc. (*á sí mismo con ahinco.*) Enriqueta!

Mag. Y en vos mismo; en vos, tan jóven aun... y en mí, si, en mí, que os ruego... que os suplico... en mí, que no quiero que os maten!

Luc. (*profundamente conmovido.*) Ciudadana... creed que tanto interés... tanta bondad!...

Mag. (*juntando las manos.*) Oh! no os negueis á mis ruegos... porque siento ahí... Si os viese llevar por ellos... Es que no sabeis... no sabeis que espantosa herida ha vuelto á abrir vuestra presencia en mi corazon!... Mi niño... mi hijo... tenia vuestra edad... y tambien á él lo cogieron, y lo mataron... Y me parece que si os hieren... Ah! señor, por favor... por piedad... creedme... huid...

Luc. (*con resolucion.*) Pues bien, sí, ciudadana... obedezco... y ojalá pueda algun dia volverte á ver y decirte...

Mag. (*estremeciéndose*) Escuchad... ya estan ahí!.. (*tomándole la mano y arrastrándole hácia la puerta de la galería.*) Venid... tomad por aquí; al fondo de esta galería, á la izquierda, una escalera corta conduce á los jardines... aquí teneis la llave. Una vez allí, fijad la vista en esta ventana, desde donde yo puedo vigilar á nuestras gentes, y os guiaré de modo que podais evitarlos... Y ahora... el cielo os proteja...

Luc. (*tomándole la mano.*) Y qué él os conceda la felicidad que mereceis. (*le besa la mano con efusion y se precipita en la galería.*)

ESCENA XVI.

Magdalena, *despues* Simon.

Mag. (*corriendo al fondo.*) Se aproximan... No... todavía no... (*se dirige á la ventana.*) Y él tampoco... Pero qué hace? (*con alegria.*) Ah! hélo allí... mira! (*haciéndole señas.*) Si... por ahí... si... todavía... (*mirando á la izquierda.*) Nadie!... Seguid á la izquierda, el sendero que conduce á los olmos... eso es!... bien!... á Dios!... á Dios!... Desaparece!... Dentro de algunos instantes estará fuera de los jardines, y una vez en el parque y en el monte, estará fuera de peligro...

Sim. (*que acaba de entrar.*) Quién?

Mag. Bien decia yo, que no lo llevarian á Granville!...

Sim. (*que ha visto la puerta abierta, agarrándola por el brazo.*) Desgraciada!... Qué has hecho?...

Mag. (*con exaltacion.*) Le he salvado!...

Sim. A él?

Mag. Sí; queríais matarlo vosotros, y yo le he salvado!

Sim. Pero no has pensado que solo, él es quien puede decirme dónde está el conde?

Mag. Solo he pensado en que queríais hacerle morir y yo no quiero que muera.

Sim. (*con voz terrible, montando su fusil.*) Morirá, sin embargo!...

Mag. (*colgándose á sus vestidos.*) Simon!.. Simon!...

Sim. No, déjame; ese es un espía, y debo hacer justicia con el!

Mag. Es inocente; matarlo, seria un crimen... un crimen horroroso... (*arrastrándose de rodillas.*) Compasion!... Compasion!...

Sim. (*viendo á algunos hombres aparecer por el fondo.*) Te digo que me dejes. (*la rechaza violentamente, y se lanza, diciendo á los hombres que aparecen.*) Seguidme!...

Mag. (*que ha quedado en tierra, anhelante.*) Simon!.. Simon!... por compasion... no le mateis! No le mateis! (*levantándose y apretándose la frente con desesperacion.*) Santísima Virgen María!.. (*se pone de rodillas.*) Por todos mis pesares... por todos mis sufrimientos, yo os lo suplico! (*rumores, ruido de voces acá y allá en los jardines, se levanta.*) Cielos!... le habrán visto?... (*descarga de muchos tiros de fusil; arroja un grito desgarrador.*) Ah! Simon!... (*arrodillándose.*) Dios mio! Perdonadle! (*se desmaya; el telon cae.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

El teatro representa una miserable cabaña de pescadores, á la orilla del mar; una mala cama, una mesa, algunos asientos rústicos; en el fondo, á la izquierda una cama, una mesa y una silla, á la derecha un miserable armario, sobre el cual hay un jarro.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, Enriqueta, Genoveva.

Al levantarse el telon, el conde está acostado y dormido sobre una mala cama. Enriqueta sentada sobre un escabel, tiene apoyados los codos sobre la mesa, y llora mirando á su padre. Genoveva hila.

Gen. Vamos, señorita; es menester no desconsolarse de ese modo... Bien veis que hay mejoría esta mañana; vuestro querido padre duerme apaciblemente. Este acceso se pasará, lo mismo que los otros.

Enr. Lo creeis así, mi buena Genoveva? Ah! si mi pobre padre no tuviese que combatir mas que los sufrimientos del cuerpo!.. Pero tiene tantos pesares, tantas inquietudes!

Gen. Bien lo creo! No faltan motivos; perder de ese modo todo lo que poseíais! Vuestros efectos, vuestra pacotilla que llevábais á las islas, segun me habeis dicho; esto es terrible... Y para colmo de desgracia, verse retenidos aquí, en mi pobre cabaña!

Enr. Y serviros de carga, durante meses enteros!

Gen. No digais eso!.. Acaso Dios no nos ha puesto sobre la tierra, para que nos ayudemos los unos á los otros?.. Pues qué, si hubiéseis sido vos quien me hubiera encontrado, medio muerta, sobre las rocas de la playa, no me hubiéseis recogido?

Enr. Oh! ciertamente. (*el conde se agita y pronuncia algunas palabras.*)

Gen. Entonces...

Enr. Chit!..

Gen. (*deteniéndole su rueca.*) Hem? Se ha movido? (*mira y escucha.*) Si, vedle otra vez hablando solo como ayer!..

Enr. Qué dia tan espantoso! Una fiebre terrible, el delirio, y ningun socorro, nadie que pueda indicarnos el medio de aliviarlo!

Gen. (*con gozo.*) Esperad; ayer he hablado á la mujer de un pescador... gentes algo acomodadas... volvia de la ciudad con provisiones; le manifesté que tenia un enfermo, y ella me dijo, que vendria hoy, y como pronto será el medio dia, corro en busca suya, y le rogaré tanto, que no tendrá mas remedio que venir en socorro nuestro. Sí, voy; pronto estaré de vuelta. A Dios.

ESCENA II.

Enriqueta, *el* Conde.

Enr. Qué buena mujer!... En tanto que me ha-

bla y me anima, me parece, que hago mal en desesperar, pero cuando no está ahí, y quedo sola... (*suspirando y echando una mirada triste al rededor suyo.*) El señor Luciano, ocho dias enteros sin parecer por aquí... sin que sepamos...

Conde. (*soñando.*) Perdonarte?.. Jamás!.. Retírate, miserable!... infame!... (*se incorpora un poco y vuelve á caer.*)

Enr. Cielos! padre mio, tranquilizaos!

Conde. (*despierto á medias.*) Ah! eres tú... Si supieras... Gracias, Dios mio! Esto no es mas que un sueño, no es verdad? Habla, hija mia, que escuche tu voz...

Enr. Sí, padre mio, soy yo quien os suplica que os calmeis.

Conde. Qué horrible sueño!.. Cuánto sufro! La fiebre, una sed ardiente...

Enr. Y no tener otra cosa que daros sino un poco de agua!...

Conde. Dame, dame presto!..

Enr. (*dándole de beber en un vaso de estaño.*) Tomad, padre mio; dentro de un instante, volverá Genoveva...

Conde. (*reuniendo sus recuerdos.*) Genoveva!.. (*mira al rededor suyo.*) Ah! sí, ya sé... ya recuerdo... (*con desesperacion.*) Dios mio! qué he hecho yo, para que asi descargueis sobre mí vuestra ira?.. Quién me habia de decir, que habia de verte á tí, Enriqueta mia, reducida... á una suerte tan miserable!..

Enr. No penseis en eso... Que el cielo os devuelva la salud, que os conserve á mi ternura, es todo cuanto deseo.

Conde. Pobre niña!... Pero dime, no veo... Dónde está el señor Luciano?

Enr. El señor Luciano! Bien sabeis que hace muchos dias...

Conde. Sí, es cierto... Lo habia olvidado... partió!... (*con amargura.*) El tambien se ha alejado de nosotros!.. Se ha cansado de luchar contra una desgracia tan perseverante!..

Enr. Podeis imaginar tal cosa!.. Abandonarnos en semejantes momentos!.. Acordaos de cuánto ha hecho por nosotros... No es á él, á quien debeis el haber podido escapar á la venganza de Simon?..

Conde. Simon!.. Y el otro?.. Ese infame de Lubersac!...

Enr. Y cuando vió que nos seria imposible ganar á Saint-Loo, no sacrificó cuanto poseia, para procurarse una barca, con la cual esperábamos atravesar las millas que separan las costas de Francia de la isla de Guernesey?...

Conde. Guernesey!.. Donde estaríamos hoy al abrigo, y en seguridad, á no haber sido por la horrible tempestad que hizo pedazos nuestra frágil embarcacion, y nos arrojó moribundos sobre la playa!

Enr. Y en ese peligro, pensó el señor Luciano un solo instante en su propia salvacion?... Todos sus cuidados, toda su solicitud era para nosotros... Estoy segura, padre mio, que si el señor Luciano nos ha abandonado, es para velar por nosotros para preparar los medios de socorrernos. (*Luciano aparece por el fondo.*)

Conde. Ojalá no te equivoques, hija mia!..

ESCENA III.

Los mismos, Luciano.

Luc. (*adelantándose.*) Teneis razon, señorita!..

Enr. Ah!...

Conde. Señor Luciano!..

Enr. Padre mio... Lo veis?..

Luc. Señor Conde, perdonadme que os haya ocultado el motivo de mi ausencia; pero si os hubiese comunicado mi proyecto, quizás me hubiéseis hecho desistir, y estaba resuelto á ejecutarlo, á emprenderlo todo, para sacaros de esta espantosa posicion.

Conde. Pues qué queríais hacer?

Luc. Ya sabeis, señor Conde, que cediendo á mis instancias, un pescador se habia comprometido á intentar vuestro pasaje á una de las islas inglesas.

Conde. Sí, pero el precio que solicitaba...

Luc. Yo se lo he prometido, si queria esperarme quince dias...

Conde. Le habeis prometido?..

Luc. Que tendria el doble... diez veces mas todavía si la empresa que iba á intentar, salia bien... Consintió... Y entonces partí, resuelto á perecer, ó á traeros esa porcion de vuestra fortuna, que me habíais dicho teníais oculta en vuestro castillo de Breval.

Conde. Fuísteis á Breval?

Luc. Sí, señor conde!

Conde. Imprudente!

Luc. He penetrado en el castillo...

Enr. Gran Dios!..

Conde. Y bien?

Luc. (*titubeando.*) Perdonadme, señor conde, si os arranco esta última esperanza... pero, fuí sorprendido... preso por Simon...

Conde. Simon!.. Siempre ese hombre!

Luc. Poseedor de todos vuestros bienes, el indigno no ha temido llevar una mano sacrílega sobre el único recurso de sus antiguos amos!..

Conde. (*apretando la mano de su hija.*) Pobre hija mia! Qué triste porvenir te está reservado!

Luc. Me hubiese asesinado sin duda, si no tuviese la esperanza de saber por mí el lugar de vuestro retiro; porque á vos, señor conde, es á quien quiere tener en su poder...

Enr. Padre mio!..

Luc. Pero no lo conseguirá; á Dios gracias, acabo de encontraros un asilo seguro, en las cercanías de Saint-Valery, en casa de unas buenas gentes, que he conocido en mi niñez... Allí á lo menos, encontrareis los cuidados que os son tan necesarios.

Conde. Gracias, amigo mio, por esta nueva prueba de afecto!.. Pero á qué disputar por mas tiempo una vida que me es inútil?

Enr. Padre mio! Qué decis?...

Conde. La verdad.

Enr. Ah! señor, no hableis así!

Conde. Animo, hija mia!.. Y vos, señor Luciano; vos, que desde que os conocemos, os habeis mostrado siempre un amigo sincero y afectuoso, no rehusareis atender la suprema peticion de un desgraciado padre, que tiembla por el porvenir de su hija; su hija, á quien nada queda en el mundo.... Ah! juradme continuar dispensándole vuestro fiel apoyo. Juradme conducirla al lado de la señora Girard, de esa digna mujer, que ya en otra ocasion fué para Enriqueta tan generosa y tan buena... Decidle que las últimas palabras pronunciadas por mí, fueron de reconocimiento y de bendicion para ella... Luciano, me lo prometeis?... Me lo jurais?...

Luc. (*cuyas lágrimas ahogan la voz.*) Señor conde, os

lo juro por lo mas sagrado que hay sobre la tierra!... Pero por qué desesperar así?..

ESCENA IV.

Los mismos, GENOVEVA.

GEN. (*entrando precipitadamente con voz alterada.*) Ah! señor!.. señorita!... (*viendo á Luciano que ha ido ante ella.*) Sois vos!... Estais aquí!... Dios sea loado!... El es quien os conduce para ayudarnos!...

LUC. Pues qué pasa?...

GEN. Vengo de la aldea! Y yo que no sabia... (*mirando al conde.*) Un conde! Una señorita noble!... En mi casa!.. Ah! monseñor!.. Ah! señorita!...

LUC. (*asiéndola por el brazo.*) Genoveva, como habeis sabido?..

GEN. Por gentes de la aldea... La plaza está llena de militares que preguntan por el camino de mi cabaña...

ENR. Gran Dios!...

CONDE. Tal vez los emisarios de Simon?..

GEN. Eché á correr para preveniros; pero he sido seguida de lejos por una mujer que estaba con ellos. (*viendo á Magdalena que aparece sobre el dintel de la puerta.*) Vedla ahí... esa es...

ESCENA V.

Los mismos, MAGDALENA.

CONDE. La mujer de Simon!..

ENR. (*con desesperacion.*) Perdidos sin remedio!

LUC. (*á Enriqueta.*) Tranquilizaos; no temais nada de ella...

MAG. De mi no; pero temedlo todo de mi marido: temedlo todo de Simon, porque sabe que estais aquí.

LUC. Quién ha podido decírselo?

MAG. Lo ignoro... Pero despues de vuestra partida, viendo que os escapábais de sus manos... furioso... no conociéndose á sí mismo, salio Simon para alcanzaros. Por todos lados se oian las detonaciones de las armas... Pero Dios, á quien mientras tanto pedia por vos, tuvo piedad de mí, y de Simon... No permitió que fuéseis cogido... Desde aquel momento, no he vuelto á verte! Partió, y solo esta mañana, es cuando uno de nuestros hombres recibió órden de salir inmediatamente de Breval, con algunos soldados, y una silla de postas. Me figuré que era de vos ó de vuestros amigos de quien se trataba, y he querido venir tambien, con la esperanza de llegar á tiempo de preveniros, ó ayudaros á huir... si aun es posible... antes de la llegada de Simon... porque si él os encuentra... ah! partid... huid!...

ENR. Ois, padre mio?.. Si aun vacilais, somos perdidos!

CONDE. Es demasiado tarde, hija mia; pero ya que Dios ha dispuesto que caiga en las manos de ese miserable...

MAG. Señor, deteneos; Simon es severo, implacable cuando se lo ordena su deber; pero no merece que hableis de él con ese desprecio.

CONDE. Que no lo merece?.. El!...

MAG. No, no señor... Pero el tiempo pasa, y ya os he dicho que es menester huir... (*á Luciano.*) Señor, decididle pues... (*á Enriqueta.*) Señorita... va en ello la vida de vuestro padre... Hacedle tan solo que consienta, y fiaos en mí; el hombre que manda el destacamento me es muy adicto; obtendré de él que me dé la silla de postas para trasportar al Conde...

LUC. Si pudiésemos ganar una pequeña ensenada que hay del otro lado de estas rocas, y donde debe encontrarse un pescador... (*acordándose.*) Pero no, eso es imposible!..

MAG. Imposible!.. Por qué? (*continuan hablándose bajo.*)

CONDE. (*á Enriqueta.*) Bien, hija mia. intentaré esta última probabilidad de salvacion!..

ENR. (*con gozo.*) Gracias!.. padre mio!

MAG. (*á Luciano.*) Está bien, vuestras promesas yo las cumpliré; y si dudase... (*arrancándose la cadena y la cruz de oro que lleva al cuello.*) Tomad esta cadena, esta cruz de oro, este anillo... le dareis todo eso mientras tanto... Tomad, tomad pues...

CONDE. Qué haceis?

MAG. Mi deber... asegurando vuestra retirada.... (*yendo al fondo y llamando.*) Pedro!.. (*Pedro aparece en el fondo, se cuadra, y saluda militarmente.*)

ESCENA VI.

Los mismos, PEDRO.

PEDRO. Presente!

MAG. La silla de postas está ahí?

PEDRO. Sí; tambien está presente la silla de postas, á diez pasos con mis hombres!

MAG. Envia tus hombres á la aldea, y trae la silla.

LUC. Daos priesa!..

PEDRO. (*reconociéndole.*) Eh! Ah! Dios mio!.. (*viendo al conde.*) Tambien él... todos están ahí!.. Los tenemos en nuestro poder!.. (*yendo á llamar fuera.*) Hé muchachos!..

MAG. (*poniéndole la mano sobre la boca.*) Quieres callarte?... Aléjalos, te digo!..

PEDRO. Y si se nos escapan otra vez?

MAG. (*con fuerza y apretándole el brazo.*) Eso es justamente lo que yo quiero!

PEDRO. (*estupefacto.*) Ah!... ciudadana... permitid... pero mi deber...

MAG. Anda, Pedro, vé al momento.

ESCENA VII.

Los mismos, SIMON.

SIM. (*apareciendo en la puerta, y rechazando á Pedro, que retrocede espantado.*) A dónde vas?

PEDRO. / MAG. / CONDE. Simon!

LUC. (Ya es tarde.)

ENR. (Ya no nos queda esperanza!...)

SIM. Que nadie se mueva! (*á Magdalena.*) Qué haces tú aquí? Por qué has dejado á Breval sin órden mia?

MAG. (*con fuerza.*) Porque he adivinado tus proyectos;... porque he sospechado lo que querias hacer, enviando tus hombres aquí... porque estaba segura de que vendrias...

SIM. Y bien, qué?..

MAG. Conociendo tus ideas de venganza, me he dicho, que en el primer movimiento de cólera, podrias cometer algun esceso, que sentirias despues.

ENR. (*interrumpiéndola, á Simon.*) Señor, no tendreis piedad para nosotros?.. Mi padre ha sido calumniado; no se le permitirá justificarse?..

CONDE. Justificarme yo!.. Y ante él!... Ante ese...

ENR. Padre mio!.. (*á Simon.*) Señor, ved á qué miserable estado nos vemos reducidos; no estais suficientemente vengado, viéndonos tan pobres y tan desgraciados?...

SIM. Desgraciado!.. Y qué son sus pesares, los tormentos que soporta, comparados con los que él me ha causado?..

CONDE. Yo!..

SIM. (*mirando á Magdalena.*) Magdalena, dice que es desgraciado, por haber perdido el derecho de arruinar á un desgraciado labrador... por sumirle en una prision... Por obligarle á expatriarse!... Por hacer que una pobre madre abandone á su hijo!.. Ved ahí lo que ha hecho ese noble conde de Breval... Ese hombre, que se decia tan justo y tan generoso!

CONDE. Mentira!

SIM. Mentira!.. Mirad á esta mujer, que venia para sustraeros á mi venganza!.. Ved ese rostro envejecido antes de tiempo; esa frente marchita por el dolor... dolor que la conducirá á la tumba! Vos sois... sí, vos la causa de todo esto; porque no ha trascurrido un dia, que no haya llorado la pérdida de su hijo. Su hijo, de quien se habia apoderado, ocultándole un nombre, que vos habíais deshonrado injustamente. Y quereis que no persiga al autor de todos mis males! Ya veis que tengo un derecho á ello.

MAG. (*deteniéndolo.*) Simon!

SIM. En fin, ya estamos aquí, uno en frente del otro, conde de Breval; y la venganza pedida por mí á Dios, la obtengo al fin, tal y como la deseaba.

CONDE. Pues bien, á qué esperas? Condúceme ante tu tribunal de sangre?

SIM. Te engañas, conde de Breval; no es ese el tribunal que ha de juzgarte.

LUC. Pues quién?

SIM. Otro mas severo... (*al conde.*) El de su conciencia y de su honor! (*presentándole un papel.*) Toma, lee: escuchad vosotros!

CONDE. (*leyendo.*) Hoy 7 de fructidor, año III de la República... nos, municipal del distrito de Saint-Loo, habiéndonos, por invitacion del ciudadano Simon, trasladado al parque del antiguo dominio del ex-noble conde de Breval, hemos encontrado allí, tendido en tierra, y mortalmente herido, un hombre que ha declarado llamarse Lubersac!..

TODOS. Lubersac!..

CONDE. (*continuando la lectura.*) El cual, sintiendo aproximarse su fin, queria, con la esperanza de obtener el perdon de Dios, reparar, en cuanto estuviese de su parte, el mal que habia causado, tanto al ex-noble conde de Breval su pariente, denunciado injustamente por él, como enemigo de la República...

ENR. Injustamente, ois?

SIM. Prosigue...

CONDE. Como al ciudadano Simon, á quien hace quince años, acusó falsamente de haber robado el pago de unos arrendamientos.... (*interrumpiéndose.*) Gran Dios!...

SIM. Falsamente! Lo ois? Acaba.

CONDE. (*con voz temblona.*) Acusó falsamente de haber robado el pago de unos arrendamientos, percibidos y jugados por Lubersac... y de haber causado la ruina y la deshonra del arrendador Simon... (*interrumpiéndose.*) Ah!... (*baja la cabeza, abatido por lo que acaba de saber, y deja caer el papel.*)

SIM. (*recogiéndole vivamente, y mostrándole las últimas líneas.*) Y mas abajo, la firma de...

CONDE. Sí... El miserable... Era él?

SIM. Sí, Lubersac; quien despues de haberos estado engañando tanto tiempo, todavía tiene la avilanted de apoderarse de los bienes que sabia se encontraban ocultos en el castillo, y con los cuales huia, cuando una bala destinada por mí para este jóven, vino á herirle de muerte!.. He recogido, pues, el tesoro que se llevaba, y yo, Simon el ladron, vengo á entregárosle. (*dándole el cofrecillo.*) Tomad!..

CONDE. Cómo! Seria posible!..

SIM. (*bruscamente.*) Tomadlo pues.

CONDE. Sóis vos quien me lo devolveis?..

SIM. Os sorprende, no es verdad?.. Creeis que son vuestras riquezas lo que codiciamos?.. (*con fuerza.*) Os engañais!.. Nuestra honra es nuestro único bien... y desgraciado del que nos despoje de ella!... Hace algunos dias, y cuando os creia enemigo de la República, si os hubiese encontrado, de fijo, lo habriais pagado con vuestra vida!...

ENR. Ah!

SIM. Pero cuando estas pruebas fueron en mi poder, corrí á París, fuí á la Convencion, y allí he pedido justicia y reparacion. Ciudadanos, he dicho, probad á los detractores de la República, que ella no odia ni hiere sino á sus enemigos. Se os ha dicho que el conde de Breval habia hecho traicion á la patria, y se os ha engañado!.. Que habia huido al estranjero, y es falso! Está en Francia; fué mal incluido en la lista de los sospechosos y emigrados!.. Borradle pues; que su nombre desaparezca de la lista en este mismo instante!..

MAG. Tú les has dicho eso, Simon? (*como embelesada y llorosa, escuchando á Simon.*)

SIM. Y si mi sangre, vertida tantas veces por la patria, me dá derecho á dirigiros mi última peticion, permitid, ciudadanos, que estos bienes que me fueron dados como recompensa nacional, sean devueltos á su dueño, puesto que fué injustamente desposeido de ellos.

MAG. Les pediste eso, esposo mio?

SIM. Ya que he recuperado mi honra, nada mas deseo; no apetezco otra cosa, sino el derecho de servir á la Francia, y morir por la salvacion de la República.

MAG. Y entonces?

SIM. Todo lo que pedí me ha sido concedido. (*al conde.*) Ya estais libre; y vuestro dominio de Breval, lo volvereis á encontrar, tal como lo habeis dejado.

MAG. Simon... lo que has hecho... mira... Ves, lloro de alegría y de orgullo... Oh! es menester que te abrace, esposo mio! Estoy mas orgullosa de ser tu mujer, que si lo fuese de un rey!

SIM. Y tú, jóven, me crees capaz de una mala accion?...

LUC. Simon, me avergüenzo de mis injustas sospechas!

SIM. No me conocias, y cuando no se conoce á las personas, suele uno equivocarse con frecuencia... Yo tambien te he tomado por un espía, y sin embargo, eres un muchacho valiente, de corazn... (*le estrecha la mano.*) Y ahora, á tu vez, no rehusarás prestarme un servicio; no es verdad?

LUC. Hablad!.. Qué puedo hacer?

SIM. Escucha; la noche de tu estancia en el castillo... algunas horas despues de tu partida, se ha encontrado cerca de la tapia del parque, una cartera,

que no ha podido ser perdida sino por tí; á menos que no lo haya sido por ese infame de Lubersac... y en ese caso... (*pasa sus manos por su frente.*) En fin... (*sacándola.*) héla aquí... toma. (*le dá una cartera.*)

Luc. Sí; esta cartera es mia.

Sim. (*con ansiedad.*) Tuya?.. Tuya, dices?.. Pues entonces, ese nombre grabado ahí, y casi borrado... ese nombre...

Luc. Es el del hombre generoso que cuidó de mi infancia.

Sim. (*vivamente, con emocion.*) El cura de Saint-Valery?

Mag. Qué oigo!

Luc. Sí; ese digno sacerdote me habia adoptado, á mí, pobre huérfano!

Mag. Dios del cielo!

Sim. (*con ansiedad.*) Y él te ha educado, no es cierto? Y mas tarde, te envió á París para terminar tus estudios?

Luc. Sí.

Sim. Y despues, temblando por su hijo adoptivo, fué á París, donde pereció en las prisiones; á pesar de los esfuerzos que hiciste para salvarle!

Luc. Sí... Pero cómo sabeis?..

Sim. (*con temor.*) Te llamas Luciano?

Luc. Sí!

Mag. (*cayendo de rodillas.*) Dios de mi corazon, gracias... gracias!..

Sim. Sí, dá gracias á Dios, pobre madre... porque te devuelve á tu hijo.

Luc. Qué decis?

Sim. (*empujándolo hácia Magdalena.*) Luciano, hijo mio, abraza á tu madre!

Luc. (*dudando todavía.*) Mi madre!.. Será posible!.. Vos... vos mi madre?..

Mag. Sí, tu madre... que llora... que rie de alegria... Pero sobre mi corazon... sobre mi corazon, hijo mio! (*se abrazan.*)

Luc. Madre mia!.. Oh! sí, vos sois mi madre... Y él... este hombre tan valiente, tan leal... padre de mi corazon! (*se abrazan.*)

Mag. Dios mio!.. Cuán bueno sois en haber tenido piedad de una pobre madre! Porque vos sois quien puso en mi corazon esta compasion por mi hijo, á quien no conocia.

Sim. Tiene razon, bien puedes darle las gracias; porque á no haber sido por ella... ves tú?..

Mag. Míralo, Simon, que guapo es... y que corazon tan noble tiene!..

Conde. En efecto, tiene un noble corazon, y bien podeis estar orgullosa de él, Magdalena... Tal padre, tal hijo.

Sim. Qué! Señor conde...

Conde. (*sonriendo.*) Comandante Simon, olvidais que ya no hay condes? La nobleza de nacimiento no existe; pero la del corazon, es diferente; esa no falta jamás, y nadie la posee en tan alto grado como el pueblo. (*tomando la mano de Luciano y la de Enriqueta.*) Venid aquí, hijos mios; tengo priesa por mostrar á los ojos de todos, cómo sabe reparar sus faltas, el ciudadano Breval.

FIN DEL DRAMA.

PINTO:
Imprenta de G. Alhambra, Monjas, 8.

1868.